EPISODIOS Y LEYENDAS DE PYONGYANG

Ediciones en Lenguas Extranjeras
RPD de Corea
110 de la era Juche (2021)

EPISODIOS Y LEYENDAS DE PYONGYANG

Ediciones en Lenguas Extranjeras
RPD de Corea
110 de la era Juche (2021)

PRÓLOGO

En Pyongyang, capital de Corea con una larga historia de 5 milenios y una cultura brillante, se transmiten muchas anécdotas y leyendas.

Muchas de ellas describen artísticamente el patriotismo de los ciudadanos de Pyongyang que defendieron su ciudad de los agresores foráneos. Y otras atestiguan que Pyongyang es la cuna de la nación coreana y la capital de su primer Estado; Corea Antigua, y muestran los rasgos morales y las bellas costumbres de los pyongyaneses.

Aquí recopilamos una parte de ellas que han llegado hasta nuestros tiempos.

ÍNDICE

EPISODIOS DE PYONGYANG 5

General Ondal 5

La mujer *Rokjok* y sus hijos 11

Othan 14

Kye Wol Hyang y la Capilla Uiryol 17

Tocar la campana de Pyongyang 18

Vender el agua del río Taedong 24

Un poeta que abandonó a Pyongyang llorando 27

Poeta del río Taedong 29

Pak Ta Ji, defensor de Wangsongthan 32

Letrero del Pabellón Ryongwang "Tierra más bella del mundo" 35

Examen estatal de arte marcial en el islote Rungna 37

Ryo Ok, autora de *Konghuin* 40

Ho Tuk Son, fundador de las canciones populares de las provincias occidentales 41

Paek Son Haeng, mujer patriótica 44

LEYENDAS DE PYONGYANG 47

Larga historia de Pyongyang 47

Palacio de Sauces, alcázar de Tangun 47

Palacio del primogénito del cielo y la tierra 49

Colina Hong 51

Lago Tangun 55

Manantial Adal 58

Tumba del caballo 61

Truenos del monte Adal 63

Procedencia del nombre del barrio Hungbu 66

Aristócrata burlado ante la tumba del rey Tongmyong 69

Serpientes custodia de las tumbas antiguas del monte Taesong 73

La Puerta Pothong misteriosa 76

Islote Rungna trasladado 80

Pintoresca Pyongyang 84

Un muchacho celestial bajado a la colina Moran 84

Roca Puchae 85

Thalui-u 87

Ancla en el río Taedong 92

Despeñadero Chongnyu 94

Patriotismo de los habitantes de Pyongyang 95

Arriate delante de la Puerta Sur de la muralla del monte Taesong 95

Historia del endrino 100

General Ulmil 104

Paekunthan 108

Pinos de los alrededores del Pabellón Ulmil 111

Wangsongthan 115

General hachero 117
Capilla de ratas 122

Noble moral de los pyongyaneses 124
Urung y Sobi 124
Puerta Chilsong, la de la felicidad 131
Soldado convertido en el yerno del rey 134
Puente Ungguk 138
Montículo Juam 143
Muchacha, salvadora del cervato 145
Recompensa del corzo y la serpiente 147

EPISODIOS DE PYONGYANG

General Ondal

Se trata de un general famoso que mostró su valentía en la batalla contra los enemigos foráneos que agredieron a Coguryo.

Es la más difundida entre las anécdotas de Pyongyang.

En una población fuera de la ciudadela vivía un muchacho llamado Ondal junto con su madre ciega.

Aunque vivía harapiento con hambre, era robusto e ingenuo.

Era tan pobre que se veía siempre obligado a mendigar comida para su madre.

Pedía limosna andando de población a población con ropas destrozadas y pies descalzos. Por eso, la gente se burló de él llamándolo “Ondal el Tonto”, que se convirtió en su sobrenombre.

En aquel tiempo el rey Phyonggang de Coguryo tenía tres hijas y la última de éstas era muy llorona desde pequeña, por lo que el rey solía decir en broma: “Tú siempre lloras y me das molestias. Cuando crezcas no podrá hacerse esposa de un hombre decente. Quizás tenga que casarte con Ondal el Tonto”.

Cuando la princesa cumplió 16 años, el rey quiso casarla con el hijo de un aristócrata.

Al enterarse de esto, la princesa le dijo: “Su merced, decía siempre que me casaría con Ondal. ¿Por qué hoy no cumple su palabra? Cuando hasta una persona ordinaria se resigna a mentir ¿cómo su merced, siendo el rey, puede hablar otra palabra? Por eso, esta hija no puedo aceptar su orden.”

Al comienzo el rey no prestó oídos a esta respuesta considerándola como broma, pero al darse cuenta de su sinceridad la reprendió enfadado.

“Si no me obedeces, no puedes ser mi hija ni estar a mi lado. Desde ahora no eres mi hija. ¡Sal de inmediato de este palacio!”

Como que era la orden del rey y estaba ya dispuesta, ella se decidió a abandonar el palacio. Y lo hizo llevándose unos anillos de oro y plata y pulseras.

Como ignoraba la vida plebeya, al comienzo ella anduvo desorientada por algún tiempo, pero preguntando a la gente el camino, llegó, por fin, a la choza miserable de Ondal en una hondonada de montaña apartada.

En ella estaba sola su madre ciega.

Se le acercó y le hizo reverencia con respeto revelándole la razón de su llegada.

Al escucharla la anciana se sobresaltó.

“Su cuerpo expide aroma y su voz huele a benevolencia. Seguramente, su merced será una noble. Parece haber venido aquí engañada por rumores falsos. Mi hijo, por no aguantar hambre, fue al monte a recoger la corteza interior del pino para

alimentarse de ella. ¿Cómo usted, tan preciosa, puede tomar por pareja a un muchacho plebeyo como mi hijo? Le pido que se vaya.”

La princesa, cogiendo de las manos ásperas a la anciana, dijo que esperaría hasta que llegara Ondal.

Pero éste tardaba en regresar. Por eso la princesa se dirigió hacia el monte que indicaba.

Subió por un rato siguiendo el valle y vio entre los árboles descortezados a un muchacho que bajaba tambaleándose con el portacargas en la espalda.

Su cabello despeinado, su traje hechos jirones, sus pies ensangrentados por el tropiezo con piedras, sus manos rudas cual hurgones, le hacían pensar que era Ondal.

La muchacha corrió a él y le hizo reverencia comunicándole el porqué de su presencia.

Sorprendido por la aparición de una muchacha bella y decente, Ondal se quedó aturdido y la reprendió enfadado: “Aquí no se andan las hembras. Sin duda, eres no un ser humano, sino una diabla de zorra. ¡No te me acerques!”

Dicho esto, Ondal echó a caminar cuesta abajo con pasos apresurados, sin volver la mirada hacia detrás.

Puesta en tristeza y sentido de vacío, la princesa bajó solitaria y pernoctó despierta fuera de la casa.

Al día siguiente entró en la casa y dijo a Ondal con el corazón en la mano:

“Ondal, usted es mi única esperanza en el mundo. Acepte mi

ruego, que le juro. Cuidaré a su madre como el cielo y prestaré esmerada atención a usted."

No obstante, Ondal no podía tomar la decisión.

Al leer su alma, ella, inclinando la cabeza dijo en voz queda.

"Desde antaño se dice que la gente puede compartir incluso un cubo de arroz y un trozo de tela. Pienso que si ambos logramos unir los sentimientos, podríamos vivir juntos sin hacer caso de lo noble y lo plebeyo."

La franqueza de la princesa conmovió a Ondal y su madre.

Así que Ondal y la princesa formaron una familia. De día trabajaron con diligencia y cuidaron con devoción a la madre ciega y, de noche la mujer enseñó al marido el alfabeto.

Con el tiempo Ondal se alfabetizó, leyó libros de ciencia militar y se hizo un formidable guerrero al adiestrarse en el arte marcial bajo la dirección de un maestro.

La princesa estaba contenta al ver el mejoramiento diario del arte militar de Ondal y le preparó un buen caballo a cambio de una pulsera de oro que traía al abandonar el palacio real.

En aquel tiempo, en Coguryo había una costumbre de que se realizaba cada año el 3 de marzo una competencia de caza en la llanura de Raknang y se seleccionaban comandantes entre los más sobresalientes.

El rey participaba en personal en la caza, seguido por sus súbditos y los soldados de las 5 guardias.

Ondal, que se había adiestrado en el arte de equitación, el tiro al arco y la esgrima mientras se ocupaba de las faenas

agrícolas, se presentó en su caballo en la competencia según el consejo de la princesa.

Ganar la fama en ella en que participaban los guerreros renombrados del país y los muchachos ágiles procedentes de todas las regiones no era una cosa fácil.

Pero nadie pudo sobrepasar a Ondal, ágil, forzudo, valeroso y hábil en el arte militar. Ondal cazó mucho más animales que otros.

El rey, muy alegre al ver que él traía sus presas: oso, corzo, ciervo, le preguntó cómo se llamaba.

Entonces Ondal, con la postura gallarda, respondió sacando el pecho:

–Me llamo Ondal que vive fuera de la ciudadela de Pyongyang.

–¿Verdad que eres Ondal el Tonto? –preguntó el rey sorprendido.

–Sí, soy el mismísimo. –contestó Ondal sin vacilación.

Y le contó todo lo ocurrido.

El rey miró sin decir nada hacia el cielo lejano y dijo ratos después:

–El ganador de esta competencia eres tú.

Todos los espectadores felicitaron a Ondal tocando tambores y gongs.

Tiempo después, se desató una guerra porque una gran tropa agresora atacó a Coguryo.

En este combate Ondal, entonces comandante de vanguardia,

mató decenas de enemigos atemorizando a los invasores y se arrojó con sus soldados a las posiciones de éstos aniquilándolos a todos.

Cuando se hacía el balance de la victoria todos apreciaron el mérito del general Ondal como el más sobresaliente.

El rey otorgó un alto premio a Ondal, celebró la ceremonia de adoptarlo por su yerno y le concedió el rango de *taehyong.*

Desde entonces crecieron el amor y la confianza del rey, así como la dignidad y autoridad de Ondal.

Un día Ondal pidió al rey: Ahora Silla arrebató una parte del territorio de Coguryo y la convirtió en su comarca. Por eso la población de ella se siente muy indignada. Quiero que si su Majestad, sin considerarme imbécil e incapaz, me da soldados, rescataré de un tirón toda la tierra perdida.

El rey apreció mucho el patriotismo de Ondal y puso bajo su orden muchos soldados.

Al llegar al campo de batalla, mientras dirigía ésta, decapitó personalmente numerosos guerreros de Silla corriendo a caballo.

Ondal, quien rescataba palmo a palmo el territorio del país, sufrió una herida mortal cuando casi terminaba el combate.

Todos los oficiales y soldados del ejército de Coguryo le rindieron un profundo homenaje con la cabeza agachada, al verlo cerrar los ojos en el campo de batalla con la dignidad como un guerrero.

Según la costumbre y la etiqueta se realizó el funeral.

Cuando se iba a despedir al difunto no se movía el ataúd, quizá por ser muy grande la tristeza de haber perdido a un excelente general del país.

No lograron moverlo ni los más de diez anderos funerarios, hecho esto que fue informado a su esposa.

Ella, al enterarse de la muerte de su esposo, acudió al lugar de una carrera y lloró debatiéndose, anegada en la tristeza por haber perdido a su esposo al que tanto amaba y apreciaba. Acariciando el ataúd, dijo sollozando: Ya se ha decidido la vida o la muerte. ¡Ah…, que se vaya!

Entonces se movió el ataúd y se pudo hacer la despedida al difunto.

Todo el país se hundió en tristeza de haber perdido a un excelente general y, como si fuera la expresión del pésame, cayó del cielo la lluvia.

La tristeza fue mayor para los habitantes de la ciudadela de Pyongyang que conocían bien a Ondal desde su niñez.

Y la historia sobre Ondal se ha transmitido de generación en generación.

La mujer *Rokjok* y sus hijos

En un tiempo antiguo en Pyongyang vivía una mujer que se llamaba *Rokjok* porque sus pies se parecían a los del ciervo.

Sorprendentemente, también sus dos hijos tenían como su madre los pies parecidos a los del ciervo, por lo que fueron

objeto de burla de los niños del pueblo.

Así que la madre les aconsejó que no jugaran con ellos, sino que se adiestraran en las artes marciales en el patio de la casa.

Pero los hijos, por no poder permanecer encerrados todos los días en la casa, salían a menudo afuera para jugar.

Un día dos hijos, para escarmentar al hijo de un terrateniente que se burlaba de sus pies, le dieron un golpe dejándolo muerto sin querer.

Enterada de esto, su madre suponiendo que el terrateniente no estaría con los brazos cruzados, esa misma noche se les llevó a la costa del mar para refugiarse.

Inmediatamente montaron en un bote y se marcharon sin rumbo fijo. Se apresuraron tanto que olvidaron preparar los alimentos.

La mujer se vio obligada a atar el bote en un pequeño muelle y entró en una población para conseguir comestibles diciendo a sus hijos que esperaran en la barca.

Cuando la mujer volvió al muelle con alimentos no estaba el bote junto con sus dos hijos, porque la tormenta los arrastró a no sabía dónde.

Desde entonces la mujer, sin otro remedio, entró en el monte Taesong y pasaba los tiempos criando ciervos.

Transcurrió tanto tiempo que ella empezó a peinarse cana.

Un día los agresores foráneos atravesaron la frontera e invadieron al país.

El Estado encargó la misión de la defensa al general Ulji Mun Dok.

La mujer *Rokjok* fue a ver al general, le dijo que no podía permanecer de brazos cruzados frente a la invasión de los enemigos y le reveló su decisión de ayudar a los soldados.

Mientras trazaba la operación para rechazar al enemigo, el general Ulji Mun Dok penetró solitario en su posición para ponerse al tanto de su estado. Entonces la mujer *Rokjok* le siguió sigilosamente, preocupada de su seguridad.

Al enterarse de su aparición, el jefe enemigo intentó capturarlo, porque ya tenía recibida una orden secreta de su rey de apresar vivo al famoso general de Coguryo.

Pero, una vez que se enfrentó con él no se atrevió a detenerlo, porque se vio encogido frente a su serenidad, franqueza, airosidad y lógico argumento.

Al fin y al cabo, el jefe enemigo lo dejó alejarse. Pero, arrepentido con tardanza de su error, puso a muchos soldados a perseguirlo.

Pero, por un pelo, el general Ulji Mun Dok fue salvado por la mujer *Rokjok* que lo esperaba con el bote a la orilla del río.

En aquel entonces, entre los enemigos había dos hermanos muy combatientes, que eran precisamente los hijos de la madre *Rokjok*.

Sorprendida de esta noticia, la mujer, disfrazaba de una anciana, entró en la posición del enemigo y se encontró con ellos.

Sin decir nada ella se quitó primero los calzados y les pidió que también se los quitaran.

Sus pies se parecían a los de la madre.

Entonces se dieron cuenta de que era su madre y sostuvieron un encuentro impresionante.

La madre contó todos los pormenores sucedidos después de su separación y les aconsejó severamente.

–Sois mis hijos y al mismo tiempo los de Coguryo. Pero dirigís la punta de lanza hacia tu madre y tu pueblo. ¿Dónde hay hijos tan ingratos y traidores como vosotros?

Después de separados de su madre los dos hijos sintieron vergüenza de no haber pensado en su madre y su patria y, al amanecer, se pasaron a la parte de Coguryo en busca de ella.

Le pidieron perdón por lo que por poco estuvieron a punto de traicionar a su patria y suplicaron al general Ulji Mun Dok que les permitiera combatir para purgar sus culpas.

Luego, los generales *Rokjok* hicieron una gran contribución a lograr la victoria expulsando a los agresores del territorio de Coguryo.

Othan

El río Taedong que corre por un cauce desde el islote Rungna se divide en dos por el islote Yanggak. La rama que baña la orilla donde ahora se encuentra el Gran Teatro de

Pyongyang, es un vado que se llama Othan, que significa el vado de los cuervos.

Se dice que se llama así desde cuando los japoneses agredieron la ciudadela de Pyongyang durante la Guerra Patriótica de Imjin.

Los invasores, aunque llegaron hasta la orilla del río Taedong desde donde se veía la ciudadela, no pudieron cruzarlo porque los pyongyaneses escondieron todos los barcos para obstaculizar su ataque, razón por la que ellos intentaron buscar un vado.

Pero, dondequiera el agua sobrepasaba la estatura de los caballos y los soldados. Ya extenuado, el jefe enemigo se dejó caer sobre el dique y lanzó atolondrado la mirada hacia las aguas corrientes.

Fue entonces cuando por el cielo teñido de arreboles del ocaso vino una bandada de cuervos y se posó en medio del río un poco más arriba del islote Yanggak.

El jefe enemigo lo miró y exclamó golpeándose la rodilla.

–¡Ah! Es ahí.

Parecía que él había juzgado que si los cuervos que no eran ni patos ni gansos se posaban, era un vado no profundo.

Muy alegre, el jefe enemigo quiso ordenar a sus soldados pasar el río por ahí, pero reunció a hacerlo porque en otra orilla los soldados de la ciudadela los vigilaban, sólo después de anochecer, mandó a algunos soldados a explorar sigilosamente el vado.

Al informarse de que el agua no llegaba hasta las rodillas ordenó a su tropa cruzar el vado en plena noche. Y esperó los vítores de sus soldados en la muralla de enfrente.

Por fin, desde ahí se oían estruendos y se veían fogonazos.

Pero las chispas no se dirigían hacia dentro de la muralla sino hacia el río.

Era que los defensores de Pyongyang daban ráfagas de fuego a los cruzantes del río.

Atemorizados, éstos se dieron a la fuga. Al verlo el jefe les gritó a voz en cuello que continuaran el ataque y mandó hasta a otros que quedaban en su posición.

Los cañonazos de los defensores de la ciudadela de Pyongyang que rechazaban los oleajes de los atacantes calmaron sólo hacia la madrugada.

El jefe enemigo que pensaba que ahora sus soldados habrían conquistado ya la ciudadela, se quedó boquiabierto al ver la muralla y el río.

Cerca de la muralla no se veía ninguna persona y en medio del río flotaban los cadáveres de sus soldados.

–¡Qué cosa! ¿Dónde está el vado por donde andaban los cuervos?

Desconcertado y atontado, el jefe enemigo miraba sólo el río.

Era que no supo la simple verdad de que en el río Taedong sucedía el cambio de la pleamar y la bajamar.

Fue en la hora de bajamar cuando los cuervos se posaron en

el río y en la de pleamar cuando ellos lanzaron el ataque y se vieron diezmados y ahogados.

El jefe enemigo, que perdió más de la mitad de sus efectivos, no se atrevió más a cruzar el río, atemorizado por el milagro del río Taedong.

Desde entonces el vado se llama Othan porque los enemigos se vieron aniquilados, hechizados por los cuervos.

Kye Wol Hyang y la Capilla Uiryol

Fue uno de los días de la Guerra Patriótica de Imjin en que los japoneses habían ocupado temporalmente la ciudadela de Pyongyang.

Kye Wol Hyang, muy conocida *kisaeng* de Pyongyang, discutió con Ko Tal Bu el plan de matar a uno de los jefes enemigos más brutales y así desanimar a sus soldados y facilitar el contraataque de los voluntarios.

Para realizar este plan ella acechaba la oportunidad paseando bajo los sauces a lado del Pabellón Ryongwang, por donde pasaba frecuentemente el citado jefe de la tropa japonesa.

Afortunadamente, éste la descubrió y se la llevó a su cuartel.

Una vez aquí, Kye Wol Hyang escudriñó el estado interno de los enemigos y aprovechando la ocasión de que ellos se daban a la francachela en el Pabellón Ulmil envió por medio de una cometa una carta secreta al general Kim Ung So que se encontraba fuera de la ciudadela.

Unos días después, Kim Ung So penetró en la ciudadela y, guiado por Kye Wol Hyang, mató al caudillo enemigo.

Cuando ellos intentaban escaparse de ahí llevándose la cabeza de éste, amaneció. Ya no podían salir de la muralla debido a la severa vigilancia enemiga.

En este momento ella dijo a Kim Ung So que le seguiría si saliera él primero. Y atrajo hacia otro lugar a los enemigos que les perseguían.

Aunque ella fue capturada mantuvo la entereza patriótica hasta el fin.

El general Kim Ung So que se escapó a mansalvo atacó con sus soldados voluntarios a los enemigos puestos en confusión sin su caudillo y liberó a Pyongyang.

Los pyongyaneses construyeron la Capilla Uiryol para homenaje a Kye Wol Hyang que había hecho una gran contribución a expulsar a los invasores y transmitieron de generación en generación el patriotismo y la lealtad de ella.

Tocar la campana de Pyongyang

Las anécdotas sobre Kim Son Dal, alias Pong-i son muy difundidas en Corea.

Esto ocurrió después de que un año, él, por haber hecho tocar a destiempo el *ingyong* (campana) en Seúl alborotando toda la ciudad y el palacio, pero regresó a mansalva a Pyongyang, porque el rey lo absolvió sin darle ningún castigo.

Al oír esta noticia los pyongyaneses estaban muy alegres.

Pero los nobles sintieron inquietud porque pensaron: Si Kim Son Dal se salvó aunque había violado la ley tan estricta del Estado, no sabían qué otro chasco les daría en adelante.

Por eso, cada vez que se reunían en un lugar, discutieron cómo deberían impedir que él actuara a su libre albedrío.

Un día, cuando ellos se daban a la francachela a la sombra de un sauce a lado de la puerta Taedong vieron pasar por ahí a Kim Son Dal y lo llamaron.

–¿Es verdad que tú te salvaste pese a haber hecho tocar el *ingyong* en Seúl? ¿Esta vez no puedes hacer tocar a destiempo aquella campana de Pyongyang?

Dijo uno de ellos indicando la campana que colgaba en el pabellón donde estaba de guardia el campanero.

–¿Cómo puedo negar la solicitud de ustedes tan respetables? Pero deben pagarme generosamente.

–¿El pago? ¿Con qué?

–Para mí, un hombre de mala estrella, no me necesitan ni dinero ni bienes. Solo quiero unos cinco cántaros de aguardiente para limpiarme la garganta.

–¿Cinco cántaros? Bien. Entonces, ¿cuándo quieres hacer tocarla?

–Déjenme pensar. Es difícil prometerlo. Pero me esforzaré para buscar la ocasión.

–Bien. Hazlo como quieras. Lo esperaremos siempre aquí.

Kim Son Dal, diciendo así, bebió bastantemente y se levantó del sitio.

Al verlo alejarse, los nobles empezaron a reír entre dientes dándose palmadas a sus rodillas.

–Hi, hi… Ahora sí, no podrá evitar nuestro lazo.

–Por muy ingenioso que sea, no podrá evadirse de nuestro lazo.

–Por supuesto. Aunque el rey lo puso en libertad dándolo por padre de Im Gyong Chol, no podrá engañar al gobernador de Pyongyang.

–Al fin y al cabo hemos ingeniado un plan excelente. Já, já, já.

Satisfaciéndose mucho los nobles bebieron toda la noche.

Desde el día siguiente, lo esperaban ansiosamente en ese lugar.

Transcurrieron los meses, pero no apareció Kim Son Dal.

Por otra parte, éste fue a Junghwa inmediatamente después de dar la promesa.

La campana de Pyongyang se repicaba para anunciar la hora de abrir y cerrar las puertas de la muralla en la mañana y la noche y cuando existía un evento estatal importante y cuando había una orden especial del rey.

En Junghwa Kim Son Dal acechó la aparición de un mandado especial del rey que venía a la provincia de Phyong-an.

Pasados 3 meses, un día apareció el mandado especial que

llevaba la instrucción del rey al gobernador de la provincia de Phyong-an.

Al enterarse, por medio de un acompañante del enviado, de la fecha y la hora de la entrada a la ciudadela de Pyongyang, Kim Son Dal regresó a toda prisa.

Cuando él cruzó el río Taedong en una barca y pasaba por la puerta Taedong a la ciudadela, los nobles todavía lo estaban esperando sin olvidar su promesa.

–Oye, Son Dal. ¿De dónde vienes?

–Ah, ¿están bien? Al oír la noticia de que un amigo mío estaba gravemente enfermo lo visité y lo atendí hasta ahora.

–Pero ¿no olvidaste la promesa con nosotros durante ese tiempo?

–¿Qué promesa?

–Parece que la has olvidado. ¿No, no prometiste que harías tocar aquella campana de Pyongyang?

–Ah sí. Entonces tengo que cumplir la promesa. Pero ¿no me habían dicho que lo pagarían con cinco cántaros de aguardiente?

–Claro que sí. Ya lo recuerdas. Pues ¿cuándo vas a hacerlo?

–Mañana mismo.

–Bien.

–¿A qué hora desean que lo haga? ¿Cómo le parece hacerlo a las 3 de la tarde?

Esta era precisamente la hora en que el mandado del rey entraría a la ciudadela de Pyongyang.

Al contratar hasta la hora con Kim Son Dal, los nobles le trajeron cinco cántaros de aguardiente.

Por la noche, éste invitó a su casa a los ancianos vecinos y los amigos suyos que no probaban bebida por falta de dinero.

Al día siguiente, cuando se acercaba la hora prometida, él fue con los nobles a la puerta Taedong.

Miraba de soslayo hacia la colina oriental más allá del río Taedong, y, al descubrir el indicio de la aparición de la procesión del enviado del rey, gritó con urgencia subiendo al campanario.

–¡Toquen la campana! ¡Toquen la campana!

Al instante, sonó la campana estremeciendo la ciudadela de Pyongyang.

Los funcionarios locales que en ese momento estaban cerca en espera lo capturaron y lo llevaron a la sede del gobernador.

En realidad, el día anterior éste se había informado de antemano por los nobles de que Kim Son Dal podía hacer tocar la campana de Pyongyang como lo había hecho engañando al rey en Seúl.

El gobernador, con el propósito de sentenciar a Kim Son Dal a base de la ley, había emboscado a sus funcionarios.

–Esta vez, ni Kim Son Dal que se jacta de su ingenio, se verá salvado. Já, já…

–No pasa de ser una presa caída en nuestra trampa. Hi, hi…

Los nobles, al ver a éste, uno de sus rompecabezas, llevarse

capturado a la sede del gobernador, se dijeron con placer.

Al verlo el gobernador gritó lleno de cólera:

–¡Maldito! ¿Por qué hiciste tocar la campana a deshora violando la ley y pusiste en confusión toda la ciudadela?

–¿A deshora? Lo hice porque venía el enviado del rey.

–¿Qué? ¿El enviado? Ha, ha… ¡No te mientas! ¿Piensas que no sé que tú has prometido hacer tocar la campana a cambio de cinco cántaros de aguardiente? Aunque estoy metido en este edificio público, veo y oigo todo lo que ocurre afuera. Aunque te has evadido de la mano del rey, hoy, no podrías evitar mi castigo severo.

–¿Por qué seré castigado sin antes verificar quién, su merced o yo plebeyo, tiene la vista y el oído mejores?

–¿Qué?

En ese preciso momento un funcionario vino apresuradamente y gritó al gobernador poniéndose de rodillas:

–¡Cosa alarmante! Ahora… el enviado del rey ha entrado por la puerta Taedong y arma escándalo preguntando por qué el gobernador no ha salido para recibirlo.

–¿Qué? ¿El enviado del rey?

Entonces se oyeron los gritos de los escoltas del enviado.

El gobernador, acobardado, no sabía cómo portarse.

–Ah… ¡Qué ocurrencia!

Todos los funcionarios provinciales se pusieron en una gran bulla sin saber qué hacer, pero Kim Son Dal se levantó con serenidad y le dijo como si le disparara una moraleja:

–Esta ocurrencia se debe quizá a que su vista y oído no son mejores que los de este plebeyo.

Luego abandonó tranquilamente la sede del gobernador.

Vender el agua del río Taedong

En un tiempo antiguo un rico de una aldea de la región llana de la provincia de Phyong-an vino a la ciudadela de Pyongyang con un gran saco lleno de monedas cargado al lomo de un asno. Las había ganado explotando a los campesinos, y venía ahora con el sueño de hacerse más rico mediante el comercio.

Desde el primer día recorrió toda la ciudadela en busca de un negocio lucrativo sin mucha inversión.

Al conocer el intento de un ricachón rural los pyongyaneses lo miraron con malos ojos.

Al enterarse de ello, un día, Kim Son Dal, alias Pong-i, salió a la calle, tomó prestado un saco de monedas y las distribuyó a las familias del contorno de la puerta Taedong, un centavo a cada una, pidiéndoles que se lo devolvieran a la mañana siguiente cuando traerían el agua del río Taedong.

Sus moradores lo aceptaron de buena gana pensando que él intentaba burlarse otra vez de algún avaro.

Al amanecer del día siguiente el rico rústico salió a la orilla del río Taedong para darse un paseo.

Mientras pasaba por el lado de la puerta Taedong contemplando el paisaje del río sobre el cual subía el sol, vio a

Kim Son Dal que estaba sentado con un saco abierto.

Se dilataron sus ojos al notar que muchas personas, trayendo el agua del río, echaban cada cual un centavo en el saco.

En poco tiempo se llenaba el saco.

Al ver esta escena el avariento ricachón se asombró y se dijo: Eso es una lluvia de monedas. El río corre siempre en todas las estaciones y los pyongyaneses no pueden vivir sin agua. Es verdaderamente una manera de ganar dinero sin hacer ninguna inversión.

Mientras tanto su boca se abrió de oreja a oreja. De sus ambas comisuras se colaba la saliva.

Un rato después, dejando de mirar el saco de monedas de Kim Son Dal, se le acercó y le dijo:

–Hola. ¿No quiere venderme el río Taedong?

Kim Son Dal, aunque lo había esperado, negó tajantemente su ruego como si le sugiriera que un extraño no debía cometer una tontería.

Continuó que el río era un tesoro de su familia que se heredaba de generación en generación y que sus más de cien parientes vivían con el ingreso que les traía el río.

Al escucharlo el rico sintió mayor apetito y, sentándose más cerca, le pidió con insistencia prometiendo que le pagaría cuanto quería. Al fin, apostó todo el dinero que se llevaba al venir a Pyongyang.

El regateo duró hasta el mediodía. Kim Son Dal, fingiendo como si no pudiera negar la solicitud ferviente del rico, dijo que

le vendería el río a cambio del saco de monedas.

El rico le trajo el saco a lomo del asno, y empezó a bailar con tal alegría que hubiera tocado el cielo.

Veló la noche con el sueño de multiplicar su riqueza de improviso. A la mañana siguiente, desde antes de amanecer se sentó junto a la puerta Taedong con una caja grande en lugar del saco.

Pero, ¡qué curioso!

Un sinnúmero de personas traían agua del río Taedong como ayer pasando por la puerta, pero nadie echaba dinero en su caja.

Pensando que los pyongyaneses todavía no sabían que él había comprado el río, les gritó:

–Hola. Meta dinero en esta caja.

Pero nadie le echaba un vistazo.

En un rapto de ira él detuvo a las personas y les gritó:

–Ahora soy yo el dueño del río. ¿Por qué se llevan gratis el agua?

Los lugareños quedaron perplejos considerándolo como un loco.

–¿El dueño?

–No lo saben todavía. Compré ayer este río. Por eso deben pagarme el precio de agua.

–¡Qué hombre extraño! Somos nosotros los pyongyaneses los dueños del río Taedong. ¿Cuándo se lo hemos vendido? ¿Qué pago para el agua que bebemos de generación en generación?

Al escucharlo el rico gritó pataleando de rabia.

–¿Se burlan de mí? ¿No pagaron el agua ayer? ¿No fue el pago de agua el dinero que habían echado en el saco?

Al enterarse entonces de que el hombre había picado el anzuelo de Kim Son Dal, la gente se puso a desternillarse de risa.

Sólo entonces el rico se dio cuenta de que había sido engañado por Kim Son Dal y se dejó caer pesadamente, patas arriba, sobre la caja de madera.

Así, el rico de la provincia de Phyong-an que había venido a la ciudadela de Pyongyang con el sueño de hacerse más rico se vio burlado por Kim Son Dal y otros lugareños y no se atrevió a aparecer allí otra vez.

Un poeta que abandonó a Pyongyang llorando

Kim Hwang Won (1045-1117) era un poeta famoso de la época de Coryo. Versificó muchos poemas sobre los paisajes pintorescos mientras recorría los lugares famosos.

Una vez, en verano subió al Mirador Pubyok en la colina Moran desde donde se abarcaba a una vista todo el paisaje de Pyongyang. El río Taedong, cristalino y azul, que bañaba el despeñadero de Chongnyu y la muralla de Pyongyang, y la llanura Tongdaewon infinitamente extensa, cubierta de niebla, lo dejaron hechizado.

"¡Qué paisaje incomparable!" –Soltó admiraciones una tras otra.

Muchos hombres, al enterarse de la noticia de la llegada del famoso poeta a Pyongyang, acudieron allá para encontrarse con él. Le pidieron unánimemente que escribiera una frase excelente dedicada a dicho paisaje.

El paseó con la mirada por los letreros que colgaban en las paredes y el techo del Mirador Pubyok y frunció las ceñas porque ninguno de ellos describía plenamente el panorama de Pyongyang.

Pidió a los funcionarios y letrados que habían venido para verle quitar esos letreros, prometiéndoles que él mismo dejaría un verso.

Por un rato, apoyada una mano en una columna del mirador, se devanó los sesos en busca de una imaginación poética. Por fin, pidió trajeran el pincel y empezó a moverlo siendo el foco de todas las miradas.

Río ondulante a un lado de la larga muralla
Colinas elevadas al este de la extensa llanura

Lo escribió de un tirón, pero se paró su pincel. Un buen rato miró hacia abajo y trató inútilmente de seguir escribiendo.

Al observar desde el Mirador Pubyok las aguas cristalinas y azuladas del río Taedong, sentía estar en un pabellón del Palacio de Dragones emergido sobre el mar, y al contemplar la

llanura nebulosa de Tongdaewon que se veía a lo lejos, le parecía estar de pie junto a la baranda del Palacio Celeste.

Era imposible describir con unas frases el paisaje que se tornaba más y más hermoso cuanto más contemplaba.

Pasaron muchos ratos y de su frente empezaron a caer los goterones de sudor. Los reunidos en su torno desaparecieron uno tras otro.

Ya el sol se puso, pero él quedó solitario en el mirador sin completar el verso. Cortó el pincel y empezó a llorar golpeando el suelo con la mano.

"¡Ah! ¡Son demasiado pobres mis conocimientos para describir el pintoresco paisaje de Pyongyang!"

Lamentándose así, el poeta famoso abandonó el Mirador Pubyok.

Más tarde los pyongyaneses colgaron las dos líneas del verso escritas por él en las columnas del Mirador Pubyok y, posteriormente, las trasladaron al Pabellón Ryongwang. Las conservan no sólo porque el verso, aunque incompleto, era excelente, sino también porque deseaban enorgullecerse de la belleza de Pyongyang que no había podido describir un famoso poeta por falta de su lenguaje poético.

Poeta del río Taedong

Jong Ji Sang (¿-1135), oriundo de Pyongyang, ya comenzó a mostrar su extraordinario talento poético desde cuando tenía 3

años. Un día, siendo llevado a la espalda de su madre que iba a lavar, compuso el siguiente verso mirando las gaviotas que volaban sobre el río Taedong.

La blanca gaviota volante
canta con miradas hacia el cielo
Pone su pluma en la superficie del río
Pisando con sus patas rojas el agua limpia.

Cuando Jong Ji Sang creció con fama Kim Pu Sik (1075-1151), que se consideraba como un virtuoso de las letras empezó a encelarse de él.

Su celosía aumentó cuando ambos fueron juntos a un templo y compitieron la versificación.

Entonces, Jong Ji Sang recitó así.

Acabado el rezo al Buda en el templo,
el cielo me parece tan limpio como el vidrio.

Kim Pu Sik quedó muy admirado de estas frases y le pidió que se las diera.

Pero Jong Ji Sang movió negativamente la cabeza.

Entonces Kim Pu Sik tomó una decisión perversa de eliminarlo.

Más tarde, con motivo de la rebelión de Myo Chong (sublevación de los nobles de la región de Pyongyang acaudillados

por Myo Chong), hizo ejecutarlo bajo el falso pretexto de como sí Jong Ji Sang hubiera tenido contactos con los rebeldes.

Luego de su muerte, él se jactó de su propio talento poético considerando que ya no existía nadie que lo superara.

Un día, compuso un verso y quedó tan satisfecho que sintiera gran orgullo por sus letras.

Verdean mil ramitas de sauce,
Enrojecen mil flores de melocotonero.

Aquella noche, recitando contento este verso, se quedó dormido sin darse cuenta. En el sueño se encontró con Jong Ji Sang muerto. Este lo reprendió duramente dándole con bofetazo:

"¿Has contado tú la cantidad de las ramitas y flores? ¿Este es un verso?"

En seguida Jong Ji Sang tomó el pincel y lo corrigió.

Verdean hilos de ramita de sauce,
Enrojecen capullos de flores de melocotonero.

Al leerlo su verso corregido Kim Pu Sik se quedó sin palabra, ruborizada la cara de vergüenza.

La inquietud y el terror que tenía por haber llevado a la muerte de un excelente poeta, le hicieron morir por sorpresa en el retrete.

Pak Ta Ji, defensor de Wangsongthan

Su nombre verdadero es Pak Ok. Ta Ji era su apodo dado por el pueblo por ser muy erudito.

Fue uno de los 10 generales de Pyongyang, que combatieron en defensa de la ciudadela de Pyongyang en el período de la Guerra Patriótica de Imjin. Su nombre llegó a ser más famoso por haber realizado muchas proezas con su inteligencia.

Una de éstas es la de la defensa del vado Wangsongthan.

Cuando los invasores japoneses llegaron al lado opuesto del río Taedong en junio de 1592, los soldados y voluntarios adoptaron una resolución de defender ante todo los vados por donde podían cruzar los enemigos el río.

La tarea de defender Wangsongthan, uno de los vados del río Taedong, fue encargada a los 10 generales.

Por falta de la plena preparación para el combate, éstos autorizaron a Pak Ta Ji que fuera a preparar allí la posición de defensa. De entre otros generales, Ko Chun Myong, Kim Ja Thaek y Hyon Su Paek, se quedaron dentro de la muralla para preparar flechas, lanzas y espadas.

Cuando éstos llegaron, vio que Pak Ta Ji preparaba la posición no ante el vado, sino en un lugar donde el río era más profundo.

"¡Oye, Pak! ¿Qué estás haciendo?"

"¿Por qué? ¿Les parece que estoy equivocado?"

"Sí, estás equivocado. Tenemos que defender a Wangsongthan. No aquí."

"¿Pensáis que yo, oriundo de Pyongyang, no conozco dónde está Wangsongthan."

"¿Entonces, por qué preparas aquí la posición?"

"Para defender Wangsongthan."

"¿Te burlas de mí? Para defender Wangsongthan hay que prepararla allí. Los enemigos cruzarán el río por el vado, nunca por donde el río es más profundo."

Hyon Su Paek, de un carácter muy impulsivo, manifestó su descontento con impaciencia.

Pero Pak Ta Ji, muy bromista en los días ordinarios, contestó con calma.

"También los enemigos pensarán como vosotros. Por eso, preparo aquí la posición."

"¿Qué? ¿Pensarán como nosotros?"

En ese preciso momento se oyeron desde varios lugares los gritos de que aparecieron los enemigos.

Estos, en un tropel de cientos se acercaban por la orilla del curso inferior levantando una nube de polvo.

Los generales de Pyongyang no pudieron menos que combatir allí sin poder trasladar la posición a Wangsongthan.

Permanecieron sobre ascuas inquietándose de si los enemigos no irían a Wangsongthan pasando por delante de ellos. Pero, afortunadamente, se pararon en la orilla de enfrente

y empezaron a disparar sus escopetas hacia la posición de los coreanos donde flameaban los banderines.

En respuesta a ello los soldados voluntarios les lanzaron flechas bajo el mando de Pak Ta Ji. Entonces los enemigos intensificaron más su fuego dando gritos con frenesí.

Para fingir la "desanimación", Pak Ta Ji ordenó reducir las flechas y hacerlas caer en medio del río.

Entonces los enemigos, para no perder el "chance", se arrojaron al agua y se esforzaron por cruzar el río a nado.

Cuando su mayoría llegó a la parte más profunda del río, dio otra orden de que iniciaran un tiro concentrado.

Bajo la lluvia de flechas los enemigos se hundieron uno tras otro y los sobrevivientes pusieron pies en polvorosa.

Pero eran unos pocos.

La batalla terminó con el triunfo de los voluntarios.

Pak Ta Ji dijo a Hyon Su Paek dando una palmada a su hombro:

"¿Qué te parece? Los enemigos creyeron como tú que defenderíamos el vado. Si no, ¿por qué se habrán lanzado a la parte profunda del río donde estábamos defendiendo, en vez de ir al vado no defendido? Ha, ha, ha…"

"Esta vez también, los japoneses picaron el anzuelo de Pak Ta Ji. Ha, ha, ha…"

Los generales y soldados se desternillaron de risa, admirados de su ingenio.

Letrero del Pabellón Ryongwang "Tierra más bella del mundo"

Por su magnífico paisaje del Pabellón Ryongwang de Pyongyang fue considerado como uno de los Ocho Paisajes de Kwanso y fue llamado también con los nombres de Pabellón Jeil (primero) y Pabellón Manhwa (mil flores).

Su edificio actual es el reconstruido en 1670.

Este pabellón tiene relación con el relato de que en el período de la Guerra Patriótica de Imjin el general Kim Ung So mató al caudillo japonés con la ayuda de Kye Wol Hyang, mujer patriótica.

Si sube al pabellón que se alza a la orilla del hermoso río Taedong, se ve un letrero pegado a la viga del techo, en que está escrito con caracteres chinos: "Tierra más bella del mundo".

El letrero tiene relación con el siguiente relato:

En el siglo XVI Ju Ji Bon, enviado de la dinastía Ming subió un día al pabellón.

Hechizado por el hermoso paisaje que se veía desde allí lo visitó frecuentemente.

Antes de regresar a su país él pidió a un carpintero que hiciera bien un marco. Y escribió con cuidado en él en letras grandes: "Tierra más bella del mundo".

Luego fue al Pabellón Ryongwang y dijo a los pyongyaneses.

“Hasta ahora, hasta peinarme cana he visitado muchos lugares, pero todavía no he visto un paisaje tan hermoso como el de aquí. ¿Cómo no llamar ‘Tierra más bella del mundo’ a un lugar así? Les pido que peguen este marco a este pabellón. Es mi deseo fervoroso.”

Así fue como dicho marco fue pegado al Pabellón Ryongwang.

Más tarde, en un verano el caudillo de los agresores que habían invadido sorpresivamente a Corea subió al pabellón.

Al ver el letrero, éste gritó a sus súbditos:

“¡Quitadlo! ¿Cómo puede encontrarse la tierra más bella del mundo en este país pequeño situado en un extremo del mundo?”

Sólo después de ver que los soldados lo quitaron, él echó un vistazo a los alrededores.

Se quedó enajenado inadvertidamente por el hermoso paisaje.

En seguida ordenó que trajeran el letrero, quitó con el golpe de su espada las letras “del mundo” en el letrero e hizo colgarlo de nuevo sólo con las letras “Tierra más bella”.

Al ver que sus soldados vacilaban atónitos, les dijo: “No me gustan las letras ‘del mundo’, pero no puedo negar que se trata de una tierra más bella”.

Sólo entonces los soldados le obedecieron persuadidos.

Después de expulsar a los invasores los pyongyaneses no adicionaron las letras perdidas aunque sentían gran lástima.

Porque consideraron que el hecho mismo de que hasta los invasores no pudieron despreciar la belleza de Pyongyang, era para ellos motivo de orgullo.

Y durante mucho tiempo la gente, viéndolo con dos letras menos, sintió lástima. Sólo en nuestra época fueron recuperadas esas letras que tiene un gran significado.

Hoy, el pintoresco paisaje de la actual orilla del río Taedong, transformado mucho, destaca más y más el verdadero sentido del letrero original.

Examen estatal de arte marcial en el islote Rungna

A mediados del siglo XV, en un día de otoño el rey Sejo visitó a Pyongyang y, aprovechando la ocasión, organizó un examen estatal de arte marcial en el islote Rungna.

Esto alegró mucho a los guerreros de Pyongyang.

Porque hasta entonces este examen se había realizado solo en el palacio real y, por encima, le habían asistido principalmente los originarios de las provincias sureñas.

Quien se alegró más que otros fue el maestro Pak, del lugar de entrenamiento de arte marcial en el monte Taesong de Pyongyang, un guerrero con quien nadie era comparable en este dominio porque quería aprovechar la ocasión para mostrar su orgullo de haber entrenado muchos discípulos durante decenios.

Llegó el día del examen.

El maestro Pak fue al islote Rungna junto con sus muchachos.

Guerreros y espectadores ya formaban un mar humano.

Pero, el maestro que estaba excitado, no podía por menos que desesperarse.

Porque el rey, declarando la apertura, proclamó que podían participar en el examen solo los oriundos de la provincia de Phyong-an y que si participaban los de otras localidades serían castigados cruelmente.

Así fue como el mejor de sus discípulos de apellido Ryu, originario de la provincia de Hamgyong, quedó excluido del certamen.

Al empezar el examen él clavó su espada en la tierra y lloró amargamente y también el maestro se golpeó el pecho muy angustiado.

Era el momento en que se iniciaba la competencia del segundo grupo.

–Maestro, no puedo aguantar más.

Dicho esto, Ryu cabalgó decidido a muerte y se mezcló entre los guerreros competidores. Sobresalió en la equitación, el sablazo y el tiro al arco y arribó primero a la meta.

Cuando se publicaba el resultado de la competencia, él, como el ganador fue llamado delante del rey.

El maestro se sentía sobre ascuas porque si el rey supiera que era de la provincia de Hamgyong el discípulo sería castigado severamente.

El rey le preguntó sobre su familia y su procedencia y,

al enterarse de ésta, se enojó mucho.

–¡Sin vergüenza! ¿No sabías que serías castigado?

–Sí, lo sabía, Excelencia.

–Entonces, ¿por qué participaste en el examen?

–He nacido en la provincia Hamgyong, pero he aprendido el arte marcial en el lugar de entrenamiento del monte Taesong de Pyongyang. Oí que hoy Su Majestad iba a inspeccionar el arte marcial de Pyongyang. ¿Cómo yo no podría participar en este examen por temor a la muerte?

–Entonces, ¿no te quejarás aun cuando recibes un castigo cruel?

–Mi maestro Pak me enseñó que para ser un guerrero importa más tener el espíritu de sacrificarse por la patria que aprender el arte marcial y el método de combate.

–¿El espíritu de sacrificarse?

–Sí. Por eso no me lamentaré aun cuando me muera ahora.

El rey se le acercó, lo levantó cogiendo sus hombros y dijo:

–Hoy, he encontrado un verdadero guerrero.

E hizo registrarlo como aprobado en el examen estatal y lo elevó al grado de oficial militar.

Posteriormente, un ministro del Estado vino a casa del maestro Pak en un palanquín, escoltado por decenas de militares y le transmitió la orden real de que lo nombraba como el instructor de entrenamiento de Seúl. Pero el maestro rehusó su promoción y siguió entrenando muchos guerreros en el monte Taesong.

Ryo Ok, autora de *Konghuin*

En el tiempo de la Corea Antigua Ryo Ok vivía armoniosamente con su marido Kwak Rijago cerca del embarcadero del río Taedong. Era una música talentosa que había creado la canción *Konghuin* y la interpretaba con el *konghu* pequeño de 13 cuerdas.

Aunque era esposa de un barquero pobre y humilde, tenía una gran afición a la música y solía tocar con gusto el *konghu*.

Un día, ella esperaba el regreso de su marido tocando de costumbre su instrumento predilecto.

Por fin, llegó su marido después de trabajar desde el amanecer en el embarcadero, le contó un suceso trágico.

"De madrugada, cuando yo remaba el barco, un hombre de cabellera blanca suelta se arrojó al agua torrente con una botella en la mano y empezó a cruzar el río. Aunque su esposa seguía disuadiéndolo a gritos, él se ahogó desobedeciéndole. Entonces ella tocó el *konghu* improvisando la canción *Kongmudoha*. Su melodía era muy melancólica y triste. Al terminar por tañer ella también se arrojó al río y se ahogó."

Después de escuchar este cuento Ryo Ok creó ese mismo día la canción *Konghuin* imaginándose la *Kongmudoha* en homenaje a la memoria de ese desgraciado matrimonio.

Así apareció la canción lírica *Konghuin*. Se dice que se sonaba tan triste que la gente no podía escuchar sin derramar lágrimas.

Pero su melodía no se transmite hoy quedando solo sus letras traducidas.

Te dije que no pasaras el río
¿Por qué te atreviste a vadearlo?
Ya te has ahogado,
Ay, marido, ay, ay, ay

Ho Tuk Son, fundador de las canciones populares de las provincias occidentales

Ho Tuk Son fue un talentoso músico popular, conocido en la historia de la música nacional como el cantor representativo y el fundador de las canciones populares de las provincias occidentales que actuó a fines de la dinastía feudal de Joson en la región oeste del país con Pyongyang como el centro.

Quedó huérfano de padre cuando era niño y creció en medio de gran penuria al amparo de su madre viuda y ciega. Sobreponiéndose a esta circunstancia aprendió el arte de cantar y la manera de su expresión hasta convertirse en un famoso cantor humorístico.

Al cantar con melodía tradicional los versos basados en la vida de los plebeyos urbanos, contribuyó grandemente al nacimiento y el desarrollo de las canciones populares de las provincias occidentales.

A menudo iba a Seúl y divulgó estas canciones, razón por la cual los cantantes virtuosos de entonces lo reconocieron como el fundador de ellas.

Combinaba adecuadamente las canciones con gestos y ademanes e incluso con la danza de jorobado.

Por eso, en el curso de sus actividades artísticas nacieron muchos episodios interesantes, de los cuales el más representativo es “El hijo del rey, viva”

En un año, después de la reconstrucción del palacio Kyongbok en 1868 (año 5 de Kojong), Ho Tuk Son, cantante famoso de las provincias occidentales, fue invitado al festival musical organizado en dicho palacio.

En aquel tiempo los gobernantes feudales le invitaron a los cantantes famosos del país, pero con cierta discriminación para los de las provincias occidentales, exceptuando a Ho Tuk Son, conocido como el más virtuoso de estas regiones con la mala intención de oír una vez su manera de cantar.

El festival se inició bajo la asistencia del rey y de todos los magnates civiles y militares situados a sus ambos lados.

Llegó el turno de Ho Tuk Son.

La melodía alegre y fuerte de las canciones populares de las provincias occidentales, combinada maravillosamente con la peculiar danza de jorobado, exaltó la sensación de los espectadores.

Y a compás de cada movimiento de la danza se mecían de arriba abajo sus grandes orejas, y también el gorro que se tocaba

haciendo prorrumpir la carcajada en el auditorio.

El rey y los magnates se desternillaron de risa.

El festival se convirtió en su propio recital acaparando la simpatía del público y éste solicitó de continuo la repetición.

En ese preciso momento ocurrió un suceso de que si no hubiera sido su singular ingenio habría quedado decapitado.

De repente sus canciones y danzas improvisadas se detuvieron porque adecuando a ellas un poema antiguo, topó con esta frase: Las hierbas verdean cada primavera pero el hijo del rey no puede revivir una vez muerto.

Hasta entonces, cuando cantaba ante los plebeyos que odiaban a los gobernantes feudales, él aprovechaba con orgullo esta canción para decir que también el rey tiene el día de arruinarse, pero esta vez había olvidado que cantaba delante del rey.

Ya había pronunciado las palabras “El hijo del rey…” y si seguía con las palabras “no puede revivir una vez muerto” sería decapitado de inmediato.

Aunque era hábil de improvisar las canciones, no tenía otro medio.

También los funcionarios que estaban riendo miraban solo el rostro del rey y la boca de Ho Tuk Son.

Precisamente, en ese momento éste pronunció por segunda vez “el hijo del rey”, ejecutó algunos movimientos de la danza de jorobado y gritó “viva”.

Al instante, los espectadores que estaban en tensión, le

enviaron aplausos calurosos exhalando un largo suspiro de alivio.

Su manera de cantar parecía a un ingenio artístico maravilloso de marcar el clímax de su canto agarrando el pecho del público.

Al sentirse satisfecho de oír que su estirpe sería perpetua, el rey lo llamó a su lado y le encomió incluso la copa.

Además le otorgó el rango jerárquico de *chongsun* (oficial de rango medio del ejército local) según el deseo del cantor.

Regresó así a Pyongyang promovido.

Al ver Ho Tuk Son vestido de uniforme militar con la reluciente espada al cinto los lugareños se quedaron boquiabiertos.

Pero él renunció el cargo de oficial y guardó el uniforme en el ropero.

Se dice que él demandó al rey el rango militar para vengarse de los soldados que ultrajaron a su querida madre ciega en el mercado.

Desde entonces los pyongyaneses lo llamaron un seudónimo de Ho Chongsun.

Paek Son Haeng, mujer patriótica

Cerca del Pabellón Ryongwang a la orilla del río Taedong que atraviesa el centro de Pyongyang se encuentra el Museo de Paek Son Haeng, un edificio de mampostería de 3 pisos.

Paek Son Haeng (19 de noviembre de 1848 - 8 de mayo de 1933) era una mujer patriota que había dedicado a las obras justas para la nación una gran cantidad de su capital, ganada con su diligencia, modestia y ahorro viviendo solitaria.

Nació como la primera hija de Paek Ji Yong, un intelectual pobre sin cargo. Cuando tenía 7 años su padre la dejó huérfana en la penuria y a los 14 años de edad vio obligada a casarse. Pero 2 años después murió su marido.

Cuando su marido respiraba los últimos alientos, ella prolongó su vida cinco días más ofreciéndole su sangre sacada de los dedos. Ella deseaba resucitarlo, pero su marido era demasiado débil.

Desde entonces ella, llamada “viuda Paek”, acumuló dinero con su propio esfuerzo aun bajo la cruel dominación colonial de los imperialistas japoneses: Tejió con cáñamo y algodón, vendió brotes de soya, cuajada de ésta, desperdicios de comidas y flores, crió cerdos.

Decenas de años después con el dinero ganado así trabajando compró a un precio barato un monte pedregoso. Más tarde, lo vendió a Onota, un japonés, a un precio decenas de veces superior.

Aunque así se convirtió en una rica contada en la región de la provincia de Phyong-an, no persiguió el lujo ni el placer, sino llevó una vida diligente y modesta y dedicó sin escatimar su dinero a las obras justas para la nación.

Cuando se destruyó por la lluvia el puente delante de la

aldea, donó su dinero para construir otro de piedra. Desde entonces el pueblo empezó a llamarla Son Haeng (actos buenos) y denominó el puente “Paekson”.

Donó mucha tierra a las escuelas como la primaria Kwangsong, la Changdok, la Sungui para muchachas, contribuyendo así a la labor de ilustración nacional y la educación de las generaciones posteriores. Y con la inversión de su capital acumulado construyó en el centro de la ciudad de Pyongyang un salón de reuniones para el exclusivo uso de los coreanos.

Este edificio es ahora el Museo de Paek Son Haengaeng.

Hoy el museo se aprovecha como un importante centro para inspirarles a los coreanos el patriotismo y al mismo tiempo, se guarda bien bajo la atención estatal, registrado como un monumento nacional.

LEYENDAS DE PYONGYANG

Larga historia de Pyongyang

Palacio de Sauces, alcázar de Tangun

Las leyendas sobre Tangun, fundador del primer Estado de la nación coreana, fueron hechas, sin excepción, a base de la concepción de los antepasados que lo consideraban como un ente sagrado.

Una de ellas es la titulada “Alcázar de Tangun”.

Fue el día en que Tangun fue electo como rey después de fundar Corea Antigua y definir a Pyongyang como su capital.

Él regresó a su casa modesta situada en una solana de la pintoresca colina Moran donde vivía desde antes, ya que sus subalternos no habían podido preparar todavía un palacio para el nuevo rey.

Por la noche del mismo día éstos discutieron el problema de construir un palacio elegante y llegaron al acuerdo de proponerlo al rey.

A la mañana siguiente ellos que velaron la noche se dirigieron a la casa de Tangun.

Pero, todos se quedaron aturdidos ante el espectáculo inesperado.

En lugar del sendero que llegaba desde el río Taedong hasta la vivienda del rey se extendía una escalera de tierra, ancha y limpia, hacia la mitad de la falda de la colina Moran y en el solar de la casa original se alzaba un palacio gracioso rodeado de sauces. En su contorno se veía un bosque espeso de *paktal* (*Betuna schrnidtii*).

Quedaron tan sorprendidos que se miraron un buen rato. Al fin subieron por la escalera al palacio de sauces. Encontraron al rey meditabundo paseando por el bosque donde correteaban con armonía tigres, osos, ciervos, corzos, vacas y ovejas.

–¿Qué ocurrencia es esto? –preguntaron los súbditos.

–Tampoco sé el porqué. –replicó Tangun acariciando el cuello de un ciervo que se le había acercado para pedir el pienso. –Anoche en el sueño el Dios descendido del cielo me dijo que yo, como un rey, tenía que preparar una residencia merecida. Y al despertarme por la mañana me vi encontrarme no en mi casa anterior, sino en un palacio tan elegante como éste.

Al escucharlo los súbditos se pusieron de rodillas para hacer una profunda reverencia hacia el cielo. Pidieron perdón por no haber preparado de antemano el palacio real y expresaron la gratitud de haberlo hecho en lugar de ellos mismos.

Palacio del primogénito del cielo y la tierra

Durante su reinado, Tangun subía al cielo en caballo Kirin para informar sobre sus trabajos.

Un día, como de costumbre, ascendió al cielo con el mismo objetivo.

La colina Moran del monte Kumsu donde se encontraba su residencia estaba cubierta de una densa niebla blanca como montones de algodón tierno.

Desde el palacio real se oían ruidosamente los gritos de jornaleros que transportaban cargas pesadas, elaboraban piedras y cortaban árboles durante toda la noche.

A la mañana siguiente, en la falda de la colina Moran, brillaba a rayos solares un palacio majestuoso erguido de improviso.

Muy sorprendidos, los subalternos de Tangun se dirigieron allí. Era un gran palacio hecho de piedras azules de más de 30 metros de alto. En la parte superior de la entrada estaba colgada la placa plateada con letras “Chonji Jangnamji Gung” (palacio del primogénito del cielo y la tierra).

Ante la misteriosa aparición de un palacio tan imponente todos se mostraron sorprendidos y jubilosos. Pero ninguno se atrevió a entrar en él dando vueltas por afuera. Esperaron ansiosamente el regreso del rey del cielo.

Precisamente en ese momento salió del palacio un ayudante de Tangun y les transmitió su orden de que entraran.

–¿Es que ya está el rey en el palacio?

Los subalternos volvieron a sorprenderse y entraron en el palacio en pos del mensajero.

Todas las columnas, paredes y suelos estaban hechos de piedras azules resplandecientes.

También el vestido de etiqueta del rey causaba maravilla.

Los súbditos, sintiéndose como si estuvieran en el palacio celestial, le miraron por un rato frotándose los ojos, puestos de rodillas.

–¿Cuándo su Excelencia ha bajado del cielo? –preguntaron al rey. –¿Cómo apareció este palacio?

Tangun, esbozando una sonrisa generosa, acarició la barba que caía hasta el pecho y replicó:

–Ya conocéis que ayer subí al cielo. El Dios celestial me dijo que yo, ya que ha fundado el Estado y soy el rey, tenía que residir en un alcázar apropiado. Y me llevó a un lugar donde estaba levantado de forma alineada un buen número de palacios de diversos colores, comentándome que eligiera uno que me gustara. Indiqué este palacio y el Dios escribió personalmente las letras de la entrada, que ya habéis visto. Me señaló que entrara en él y empecé a recorrerlo. No sé cómo, pero durante el recorrido me vi encontrarme aquí en la tierra.

Los subalternos, muy emocionados de sus palabras, volvieron a hacerle profundas reverencias y exclamaron:

–Nuestro país prosperará para siempre, puesto que el Dios lo atiende personalmente.

En verdad desde entonces el país de Tangun acogió mayor desarrollo y aun después de cientos de años las naciones vecinas, sobrecogidas ante ese palacio sin par en el mundo, no se atrevieron a tocarlo.

Colina Hong

Hong (significa rojo en coreano) es una colina, no alta, situada al extremo de una estribación del monte Taebak en Kangdong extendida hacia el suroeste.

Se llama así porque era una elevación desnuda, sin árboles e hierbas desde la antigüedad.

A este respecto se transmite la siguiente leyenda:

Fue un día primaveral del año en que Tangun, hijo del jefe de la tribu Pakdal cumplía los 10 años.

El padre llamó a su hijo. Lo miró un buen rato, con el corazón orgulloso, al hijito puesto de rodillas apuestamente.

Se veía demasiado maduro para un muchacho de diez años.

Quería darle caricias a sus mejillas enrojadas y un fuerte abrazo a su cuerpo fornido.

Pero, escondiendo estos sentimientos le dijo en serio:

–10 años no son pocos para un varón. Además, te espera una gran obra en el futuro. Por eso, tienes que esforzarte más para prepararte suficientemente.

–Lo tendré en presente.

–Hasta la fecha has practicado el tiro con arco y el manejo de espada solo en el patio de la casa. Este año cultivarás el arte militar en un lugar apartado que he escogido. Si en el otoño tu nivel de arte marcial no llega a mi exigencia no podrás regresar a la casa.

–Entendido.

Tangun expresó su firme decisión al progenitor.

En seguida éste lo llevó al lugar escogido que era precisamente la actual colina Hong. La rodeaban como un biombo las estribaciones del monte Taebak y por delante corría un río cristalino. Siendo una loma no abrupta, era un lugar ideal para cultivar el arte militar.

Desde ese día el muchacho, durmiendo y comiendo allí se enfrascó en los ejercicios de arte militar para no defraudar la expectativa del padre. Siempre tenía presente el encargo de este. Reforzaba más y más su decisión de cultivar más su habilidad para sorprender al padre en el otoño.

Así que desde la temprana primavera cuando aún no echaban brotes las hierbas hasta el otoño en que las hojas de árboles se tornaban rojas no dejó de ejercitarse ni un día.

Las personas que vinieron a verlo se quedaron admiradas de su maestría. Animado por esto, Tangun regresó para dar a ver a su padre el resultado de sus ejercicios.

–He venido, dijo al padre, para mostrarle mi habilidad cultivada durante un año.

–Bien, pero ¿cómo puedo evaluarla aquí en el patio de la casa? Vamos al lugar de tus ejercicios.

Y seguido del hijo, el padre se dirigió a la colina Hong.

Lo recorrió por un rato sin decir palabra. Luego, llamó a Tangun para decirle:

–¿Por qué has holgazaneado tanto en los ejercicios?

–… … …

–Cuando llegaste aquí –volvió a preguntar al hijo, que estaba muy aturdido –¿estaban aquí las hierbas?

–No, nada.

–Entonces, ¿qué hierbas son aquellas? –indicó las yerbas que formaban macizos crecidas hasta a la altura de las rodillas.

Tangun contestó espontáneamente que eran las crecidas durante los días de su ejercicio.

–¿Quieres decir que tu voluntad fue menos fuerte que el brío de las hierbas. Estas, aun siendo pisoteadas por tu caballo, crecieron así. No podría dejar de reprenderte por holgazanear en los ejercicios.

Tangun no pudo abrir la boca.

–Se cultiva el arte militar no solo para mejorar la habilidad, sino también para incrementar la valentía y la voluntad.

Muy emocionado Tangun se puso de rodillas ante su progenitor.

–Padre, perdóname por favor.

Pues, Tangun no pudo regresar a la casa. Ni pudo conciliar el sueño durante varios días consecutivos luego de despedirse de él.

Al recordar que había perdido en la batalla con las hierbas se sintió muy avergonzado.

Acosado por el remordimiento, tomó la firme decisión de no dejar crecer ni una hierba en el próximo año.

Así, ni en los días invernales del frío cortante dejó de hacer ejercicios a caballo y desde la temprana primavera cabalgó por lomas y faldas del monte atropellando cuantos brotes se echaban.

La preocupación por la aparición de éstos lo obsesionaba tanto que se levantaba a medianoche y dirigía al local de ejercicios, de manera que aun en los meses de verano no se veía allí ni una brizna, excepto polvos, rojizos de tierra y blancos de piedra.

Así, hasta el otoño no pudo sobrevivir ni una hierba en la colina debido a sus incansables y entusiastas ejercicios.

Un día otoñal el padre volvió a visitar el lugar. Subió a la cumbre para contemplar el monte cubierto de polvos rojizos.

–El espectáculo –dijo muy satisfecho –me alegra. Ahora sí, se me antoja loable tu voluntad. Al ver –continuó a los acompañantes recorriéndolos con la vista –a un pilar crecido que se encargue del futuro de nuestra tribu, me siento muy orgulloso.

Tampoco ese mismo año Tangun regresó a casa.

Por varios años consecutivos se enfrascó en los ejercicios de arte militar en la colina Hong, que se convirtió, al pie de la letra, en un monte rapado.

De ahí que se llama así hasta la fecha considerada como un lugar pelado.

Lago Tangun

Es un lago natural no grande situado en el distrito de Kangdong. Su caudal es casi invariable en todas las estaciones y sus aguas, frescas en el verano y templadas en el invierno por emanar de una cueva de roca que se halla en el fondo del lago.

Por sus aguas cristalinas y profundas éste fue desde la antigüedad un criadero de diversos peces y un abrevadero de aves y animales silvestres que se reunían decorando más su paisaje.

Su nombre se derivó de que Tangun paseaba allí en bote y se inspiraba tácticas ingeniosas mientras observaba el modo de vivir de diversos animales.

He aquí una anécdota al respecto.

Fue cuando Tangun se devanaba los sesos para anexar a la Magwi, una de las tribus vecinas.

Un día como de costumbre remaba en el lago sumergido en reflexiones. Los alavancos volaban y se posaban para cazar peces y cantaban las aves sobre las piedras y en las malezas.

En una orilla conectada con el camino estaba de guardia un guerrero para impedir el tránsito de la gente en defensa de la reflexión del jefe de la tribu y a su lado descansaba con la lengua afuera un perro de caza favorito de Tangun.

Pasaron largos ratos y el sol calentaba la tierra casi verticalmente, pero reinaba allí un silencio tan abrumador que se notaban hasta los chirridos de insectos en el lado opuesto.

Fue entonces que se oyeron trotes estruendosos desde el lado del camino y se vio un militar en caballo acercándose. Los alavancos alarmados se huyeron hacia el cielo y el perro empezó a ladrar a todo el cuello.

Se rompió la calma. El guardia se apresuró a detener al jinete.

–¡Qué atrevido eres tú!

–Una información urgente –replicó el militar apeándose del caballo y poniéndose de rodillas.

–¡Vaya la urgencia! Debías esperar en la tienda militar o acercarte quedamente, ¿cómo te atreves a armar ruido aquí?

–Que me disculpe. Cometí esta grosería pensando sólo en la orden de mi jefe de informar con urgencia al clan.

Entonces Tangun se les acercó en bote para enterarse de lo que pasaba.

El mensajero le hizo reverencia y dijo:

–Le trajo una noticia sobre la fortaleza Mago. El jefe de la tribu Magwi, enterado de nuestro intento de ataque, está haciendo ahora todos los preparativos para la defensa. Mi jefe sin saber qué hacer, me envió a usted para preguntarle la medida.

–Ya lo preveía y estaba meditando en ella.

–El guardia volvió a reprenderlo: –Ya ves. ¡Qué error has

cometido! El clan ya lo previo todo, pero tú le has interrumpido la meditación con ruido.

–Mil perdones– el mensajero se disculpó bajando la cabeza hasta el suelo.

–Basta. Este no me interrumpió la meditación sino me aludió una táctica ingeniosa, –dijo Tangun a ambos que permanecían aturdidos sin entenderle. –Acabas de llegar con ruidos estruendosos, ¿a dónde volaron los alavancos y a quién ladró el perro?

Vaciló por un rato el interrogado sin saber el porqué de la pregunta y contestó:

–El perro ladró acercándome corriendo y los alavancos se huyeron hacia el norte para evadirse de los trotes.

–Entonces ¿Qué harás para atraparlos uno y otros?

Solo entonces el mensajero le entendió y contestó con alta voz:

–Golpear al perro por el cogote y bloquear el vuelo a las aves que huyen.

–Exacto. Esto es precisamente la táctica para vencer a la tribu Magwi que viene contraatacando. Por eso te dije que me has aludido la táctica ingeniosa.

–Entendido.

El mensajero, muy emocionado, no sabía qué hacer y el guardia se admiró una vez más de la ingeniosidad del clan.

Así Tangun atacó por detrás a la tribu Magwi fingiendo hacerlo por delante.

Se transmite que las tácticas ingeniadas por Tangun en el lago fueron siempre acertadas en las batallas.

En el sentido de que su ingeniosidad era inagotable como el agua manantial del fondo se denominó el lago con su nombre.

Manantial Adal

En torno a este manantial que se encuentra en el monte Adal se transmiten muchas anécdotas relacionadas con Tangun, de las que presentamos la siguiente.

Cuando fue un joven lozano Tangun fundó la Corea Antigua con Pyongyang como su capital y la gobernó largos años extendiendo el territorio hacia el norte y el sur. Con el paso del tiempo ya peinaba canas.

En verano de cierto año él pasó por Kangdong de regreso de una inspección a la región sureña en compañía de sus subalternos. Hizo parar por un rato la procesión y sobre el caballo recorrió con la vista los paisajes pintorescos con profunda emoción. Se veía hacia el norte la colina desnuda de poca altura con montañas al fondo, donde había ejercitado el arte marcial en su adolescencia, y hacia el sur, el riachuelo Sujong donde se bañaba luego de ejercicios.

Era su terruño inolvidable donde pasó su infancia y adolescencia, tierra que no pisó ni una vez después de abandonarla con una decisión ambiciosa, por estar ocupado de fundar el Estado y extender el territorio.

No podía pasarlo por alto, porque recordaba con añoranza los días pasados.

Lleno de emoción señaló a los acompañantes:

–No tenemos la prisa y ¿qué les parece descansar aquí un poco? A la falda de aquella colina Adal se encuentra un manantial de agua transparente y fresca. Vamos a beberla antes de continuar el viaje.

Y a la cabeza de los subalternos se dirigió al manantial.

Un súbdito inteligente corrió al manantial y trajo su agua en un vaso de jade verde.

El rey lo rehusó diciendo que el agua manantial la debían beberla con sus propias manos.

Se apeó del caballo y se acercó a la fuente. Era la misma donde en su adolescencia solía beber tendido boca abajo.

Dobló una rodilla para tomar el agua con una güira, pero se quedó inmóvil como si se hubiera petrificado. Porque se veía en el agua un anciano canoso en vez de un joven vivaracho de antaño.

Al caer en cuenta de que ese anciano era precisamente él mismo lanzó un largo suspiro de tristeza y se dijo:

–Ah, ya soy un viejo. Ha llegado el momento de legar el reino al príncipe heredero. No me daba cuenta de ello.

Regresó a la capital y ese día no pudo conciliar el sueño por la preocupación del futuro del país.

Por otra parte le golpeó la idea de si aun después de su retiro de la política el reino seguiría siendo fuerte y próspero y la

población se esforzaría en armonía por el país.

Veló toda la noche y desde entonces, cada vez que le acosaba el insomnio con tales preocupaciones, se levantó para sentarse ante la mesa y empezó a escribir uno a uno los postulados a ser observados por las generaciones venideras para la prosperidad nacional.

Se dice que estos postulados constituyeron su testamento después de ser publicados según su última voluntad.

Su contenido es como sigue.

Gobernar a la población viéndose reflejado en las pupilas de otros, puesto que todas las personas son de la misma mentalidad.

Ser fiel al país tanto como a los padres.

Asegurar la armonía en las familias y la paz en el país al promover el amor y rechazar celos, puesto que no hay ni un dedo que no duele al morderse.

Enriquecer las familias y el país al promover concesiones mutuas y prohibir el saqueo, puesto que se da diferente pienso a cada animal.

Mantener el matrimonio hasta la tumba sin lujurias, puesto que cada cual tiene su pareja.

No menospreciar ni ofender a otros, puesto que todos, por débil o inferior que sea, son de la misma nación.

No engañar, no abrigar el rencor ni dañar a otros, puesto que tú existes por existir yo y viceversa.

Amar todas las cosas, puesto que estos nos dan de comer y

vestirse y con ellos crecen los animales domésticos.

El testamento de Tangun se transmitió de generación en generación, igual al manantial Adal.

Tumba del caballo

En el valle Chonggye del monte Taebak se encuentra una sepultura grande llamada tumba del caballo.

Dicen que es del caballo Kirin, favorito de Tangun, del cual se transmite la siguiente leyenda.

Cuando falleció Tangun, sus restos fueron enterrados en Kangdong según su legado.

El día último del duelo ocurrió por la noche un hecho sorprendente en el palacio real de Pyongyang.

Desapareció el caballo Kirin al que amaba tanto Tangun en vida y que desde la muerte de éste dejó de comer.

Al informarse de eso Puru, hijo mayor y el sucesor de Tangun, se sintió muy dolorido, pues el animal ayudó mucho a su padre en fundar el país y como era de raza muy rara se consideraba como un tesoro del país.

Llamó al funcionario encargado de su cría y le dio la orden de buscarlo.

El llamado envió de inmediato a las personas a todas partes del país y él mismo salió en busca del Kirin.

Un día, al oír que el caballo apareció en Kangdong, se dirigió al lugar a toda prisa.

Los lugareños le avisaron que el caballo desaparecía de día y sólo por la noche avanzada bajaba a la tumba de Tangun y relinchaba a todo cuello arañándola con las patas.

El llanto del animal desgarraba mucho el corazón a los oyentes.

El funcionario, muy conmovido, hizo construir allí un establo provisional, pero el caballo no entró en él.

Una noche después de varios días volvió a oírse el relincho triste y hacia la tumba se vio hasta el amanecer una luz de color azuloso. Después, no se oyó nunca el llanto del animal.

El funcionario, junto con sus subalternos, volvió a buscar la pista del Kirin en la zona de Kangdong.

Pocos días después, ellos descubrieron la brida y albarda del caballo en la falda de la colina Adal al este de la tumba de Tangun.

Todos se dejaron caer al suelo, convencidos de que no podían encontrarlo jamás.

Ante tal espectáculo los ancianos locales los consolaron:

–Parece que fuera cosa inevitable. Desde el día en que se vio la luz azulosa sobre la tumba de Tangun, cada noche aparece esa luz allá sobre la colina Adal. Es evidente que el gran rey Tangun se ha convertido en dios de la montaña y lo sigue también el caballo hecho un dios.

El funcionario, animado por tales palabras, regresó al alcázar e informó al rey Puru cuanto le pasó durante esos días y pidió el castigo por incumplimiento de la orden.

–Se perdió el tesoro del país debido a la negligencia mía y nunca podré evitar castigo.

El rey miró un buen rato la brida y albarda y luego le dijo quedamente:

–No es culpa tuya. ¡Cómo se podía disuadir al caballo que quería seguir a su amo aun en otro mundo!

E hizo hacer una tumba grande cerca de la de Tangun y enterrar en ella la brida y albarda.

Así apareció otra tumba en el valle Chonggye.

También después de sucedido esto, cada noche se vio la luz azul que subía hasta la cumbre de la colina Adal, sobre lo cual decían que el alma de Kirin ascendía al monte para que Tangun lo cabalgara con el fin de recorrer las localidades del país.

Truenos del monte Adal

Los antepasados coreanos que consideraban a Tangun como hijo del cielo transmitieron una leyenda de que éste, aun después de fallecido, se convirtió en el dios del monte para atender los asuntos estatales y la población.

En un tiempo remoto vivía un viejo arrendatario de apellido Pak en la aldea alrededor del monte Adal.

Laborioso, honesto y recto, el campesino cuidaba siempre con todo su ser la tumba de Tangun y el monte Adal.

Una noche el viejo Pak se despertó por un ruido grave y notó el suelo estremecerse levemente.

Se levantó y escudriñó la habitación para localizar sin éxito el foco sonoro. Salió afuera, observó el contorno y se dirigió hacia el ruido hasta que llegó al Adal. Y notó que de aquí procedían los ruidos estremeciendo la tierra y árboles gruesos.

Extrañado, permaneció inmóvil por un buen rato.

Al amanecer los ruidos dejaron de sonar y volvió a reinar el silencio.

Desde muy antiguo se decía allí que los truenos del monte Adal anunciaban la invasión de los foráneos.

Ya clareado el día, Pak visitó a los ancianos de la aldea, les dijo lo presenciado durante la noche y, explicando la inminente intrusión de los foráneos, les propuso tomar medidas de defensa.

También otros afirmaron que habían oído ruidos extraños y mostraron consentimiento a la opinión de Pak de enviar a la cabecera distrital a los jóvenes con armamentos.

Cuando toda la aldea bullía por esta ocurrencia apareció el terrateniente Hwang y los reprendió a gritos de no ir al campo a trabajar.

El viejo Pak le explicó en detalle sobre los truenos del Adal, pero Hwang no le hizo caso.

–¡Qué tontería dices! Conozco al dedillo tu patraña. Dejad lo que hacéis y salid al campo. Si no, os quitaré las tierras y avisaré a la oficina gubernamental para que os someta al castigo.

La brutalidad del terrateniente imposibilitó a los aldeanos tomar medidas de defensa.

Pero también esa noche tronó el monte Adal poniéndolos a todos los aldeanos velar la noche muy angustiados.

A la mañana siguiente Pak dijo a los vecinos:

–Pienso que rechazar la invasión foránea es cosa prioritaria. Quedarnos despojados de la tierra y someternos al juicio, cosa posterior. Vamos todos a la cabecera distrital.

Todos los aldeanos le siguieron con las armas en las manos.

Gracias a sus actos previsores pudieron rechazar a tiempo la invasión de los extranjeros.

Con este hecho el terrateniente Hwang se sintió muy maltrecho.

Ni una vez oyó el tronar del Adal, pero los arrendatarios decían que sí. Se sintió algo ofendido, se calentó la cabeza para tomar la venganza y por último visitó al gobernador del distrito para acusar a Pak diciendo que era muy sospechoso su acto y era evidente su confabulación con los enemigos. Añadió que de no ser así, aquel cretino ignorante no habría podido prever la agresión enemiga.

De inmediato el gobernador dio la orden de prender a Pak y someterlo a la inquisición.

–¿Es verdad que te has confabulado con los enemigos?

–En absoluto. No soy más que un campesino que labra la tierra toda la vida.

–Entonces, ¿cómo has previsto la invasión foránea?

–Es que el monte Adal tronó por varias noches consecutivas.

–Estúpido, –intervino Hwang que estaba a lado. –No he oído nada, ¿crees que estoy sin orejas?

Pak se sintió muy indignado ante el proceder del terrateniente quien no hizo caso al peligro que sobrevenía al país, sino, al contrario, ahora lo acusaba. Pero le replicó calmosamente.

–Si eso es verdad, pienso que el gran rey Tangun no lo había considerado al señor Hwang como uno de sus descendientes.

–¿Qué dices?

–De no ser así, por qué el dios Tangun habría hecho tronar el monte para que lo oyéramos solo nosotros, menos usted.

Ante tal argumento los aldeanos, muy contentos, reprocharon a Hwang.

Este que se alardeaba de gran riqueza e influencia, quedó muy avergonzado sin encontrar la forma de responder.

Dicen que esta leyenda se transmite que el monte Adal tronó cada vez que el país sufría invasión de fuerzas foráneas.

Procedencia del nombre del barrio Hungbu

Si se da la mirada hacia el norte desde el pabellón Choesung, se ve una aldea modesta enclavada junto al río Taedong delante de una cuesta ramificada de la colina Moran. Es precisamente la

llamada Hungbu, nombre del cual se transmite la historia siguiente.

Fue cuando Coguryo tenía aún su capital en Kuknaesong (actualmente Jian de China), ciudad situada a la orilla del curso medio del río Amnok.

Un día el rey llamó a un funcionario y le ordenó:

–Planeamos trasladar la capital al sur. Dicen que Pyongyang, fue la capital de Corea Antigua; se encuentra en un punto importante de la geografía del país, y es un lugar agradable para vivir por tener paisajes hermosos y tierras fértiles. Pero, transcurrido ya mucho tiempo, no imagino dónde se encuentra. Ve tú al sur y localiza a Pyongyang.

El encargado hizo de inmediato los preparativos para el viaje y partió en busca de Pyongyang.

Caminó y caminó largamente cruzando los ríos Amnok y Chongchon y pasando por abruptos montes y llanuras amplias.

Un día tomó un corto descanso en la cumbre de una montaña. Desde allí se contempló el paisaje maravilloso: Se extendía una inmensa llanura por cuyo centro corría un río ancho de aguas cristalinas y hacia el norte se veía una estribación de montículos

Era una topografía raramente vista en su vida.

"¿Acaso no será Pyongyang?"

Con tal idea bajó a la orilla del río en busca de alguna casa.

Al encontrar una choza, llamó al dueño y le preguntó:

–¿Cómo se llama este paraje?

–Se llama Pyongyang desde antaño.

–¿Verdad? Gracias, por fin he encuentro a Pyongyang, –exclamó lleno de alegría.

Le contó al dueño aturdido la razón de su largo viaje, en un tono muy excitado de haber logrado el destino.

A poco pidió al anciano agua para mojarse la garganta.

Este entró en la casa y salió con un vaso grande:

–Discúlpeme, no tengo otra manera de convidar a un huésped distinguido más que con este vaso vacío. Puede tomar con este el agua de aquel manantial.

El funcionario se acercó a la fuente delantera, tomó el agua y bebió un sorbo.

¡Qué misterioso!

Lo que bebió no era agua, sino licor, que además de ser aromático, le daba ánimo, le quitaba el cansancio y le hacía cobrar vigor.

El enviado permaneció allí varios días para reconocer el terreno y, de regreso a la capital informó en detalle al rey sobre su viaje.

Al escuchar de él lo del manantial de licor, el rey se mostró muy contento y exclamó:

–Verdaderamente Pyongyang merece ser la nueva capital del país.

Así, después de trasladada la capital, la aldea se denominó “Hungbae” (taza de gran placer).

Con el paso del tiempo la sílaba “bae” se transformó en “bu” para mayor facilidad de pronunciar.

Aristócrata burlado ante la tumba del rey Tongmyong

La tumba del rey Tongmyong, fundador de Coguryo se encuentra en Pyongyang.

Desde la antigüedad los coreanos han venido cuidándola con gran esmero. Pero durante la dinastía feudal de Joson los gobernantes, contaminados del servilismo a grandes potencias, la descuidaron, lo cual afligió mucho a los habitantes de la aldea colocada alrededor de la tumba.

Un día casi a mediodía cuando un campesino del pueblo arrancaba hierbas malas en el campo pasaba en caballo, por el lado de la tumba, un aristócrata escoltado de sus criados por delante y detrás.

Al verlos el campesino, sin dejar de la mano el escardillo, fue derecho al encuentro de la procesión.

Los criados le gritaron a todo cuello que se apartara a un lado.

Sin hacer caso de ello el agricultor continuó a grandes zancadas fulminando con su mirada al aristócrata en caballo.

Su movimiento era tan atrevido y osado que el semblante del noble se hizo pálido sin poder abrir la boca por un instante.

Era que los plebeyos tenían que hacerse a un lado cuando venían los aristócratas e incluso arrodillarse con la cabeza inclinada hasta tocar el suelo.

–¡Qué maleducado!, –vociferó el noble. –Que lo atrapen de inmediato.

Tan pronto como dada la orden, los criados le dieron alcance al campesino ya alejado a cierta distancia y lo llevaron ante su amo.

–¡Pillastre!, –éste gritó a toda voz con las mejillas encendidas por la cólera– ¿Has nacido de una grieta de roca? ¿No sabes ni la cortesía?

–¿Qué, yo no sé la cortesía?, –replicó el prendido quedamente en posición recta. –¿Acaso la sabe su señoría?

–¿Qué dices? Has cruzado con la cabeza levantada a la procesión del aristócrata y te has atrevido a mirarme de frente. ¿Se te antoja esto una acción de etiqueta?

–Entonces ¿es para los aristócratas una acción de etiqueta pasar a caballo por delante de la tumba del rey fundador?

–¿Tumba del rey fundador?, –repitió el noble recorriendo con la vista los alrededores.

–¡Mira! Aquella es la tumba del rey Tongmyong, fundador del gran Coguryo. ¿Que me enseña la etiqueta siendo peor que un bicho u hormiga?

–¿Qué? ¿Soy peor que un bicho u hormiga? ¡Sinvergüenza! –el aludido, encolerizado, se bajó del caballo para acercarse al campesino. –¡Repítelo! ¿Qué?

–¿En qué sentido su señoría es mejor que un bicho o una hormiga? Estos no se atreven a acercarse a la tumba. Pero usted lo hace incluso a caballo.

–¿…?

El noble se quedó afónico, pero se sintió muy ofendido como si se le revolvieran las tripas.

No se le ocurría palabra para hostigarlo. Por eso, esquivando con desgana la mirada del plebeyo, la lanzó hacia la tumba.

La tumba estaba cubierta de césped, pero en los contornos del mirador y la lápida crecían densamente los árboles añosos e hierbas más altas que la talla.

Le parecía lógico que en un lugar así vivieran tigres y otros animales y pulularan hormigas. ¡Qué estupidez decir que ni los bichos u hormigas se atrevían a acercársele!

Supuso que evidentemente lo había dicho el campesino por su total ignorancia y se volvió hacia él.

–Pillo, ¿dices que en un pinar y maleza tales no viven ni insectos ni hormigas? Si ahora los capturo aunque sea uno, te someteré a un castigo severo por haber tomado el pelo a un aristócrata.

El agricultor, sin el menor titubeo o miedo, le replicó calmosamente.

–A su disposición. Pero, ¿qué apostará usted en el caso contrario?

–Entonces admito que soy peor que un bicho u hormiga.

El noble ordenó a sus criados cazar un puñado de bichos en el contorno de la tumba.

Pasó un buen tiempo. Regresaron los criados muy cansados y desanimados con manos vacías.

No tardó la censura.

–¡Qué memos! ¿Sois tan incapaces de coger ni un bicho en aquel bosque?

Con furia el noble dobló las mangas y se puso a abrir paso entre los arbustos en busca de los insectos. Se le deshizo el moño de cabello, se mancharon de barro y se desgarraron los vestidos blancos. Recorrió acá y allá sudando a gotas gordas sin lograr encontrar ni un insecto.

Ya fatigado, extenuado, se desplomó al suelo dando un profundo suspiro.

Le parecía un misterio.

–Nada de misterio, –le dijo el campesino –porque los bichos y las hormigas son tan corteses que no se atreven a habitar cerca de la tumba.

Muy avergonzado, el aristócrata puso pies en polvorosa sin darle respuesta. A su pos seguían espectacularmente también los criados llevándose su caballo.

El hecho se divulgó ampliamente motivando que entre los nobles creció cada vez más el número de los visitantes de la tumba y que el Estado nombrara un funcionario encargado de cuidarla y que se celebrara la ceremonia de recordación en los días de fiesta.

También en estos tiempos no se pueden ver los insectos en el contorno de la tumba.

Se transmite que cuando Coguryo trasladó la capital a Pyongyang lo hizo también con la tumba del rey Tongmyong y

que los pyongyaneses, en acato a ella, removieron la tierra de su contorno para llenarlo de otra limpia cocida a vapor y sembraron hierbas venenosas para impedir el crecimiento de los bichos y hormigas.

Serpientes custodia de las tumbas antiguas del monte Taesong

En un tiempo antiguo vivía un rico insaciable de dinero en la cercanía del monte Taesong.

Era tan avaro que se atrevía a cometer cualesquier vicios si fuera para aumentar su riqueza.

Acosado de la codicia, ideó incluso robar los tesoros enterrados en las tumbas antiguas de Coguryo.

No hizo caso del rumor de que quien cometía tal robo sería castigado por Dios y se exterminaría toda la familia.

Así, un día se dirigió en compañía de sus criados a una colina donde estaban dispersadas las tumbas.

Las escrutó una a otra y por último se acercó a una solitaria situada al extremo de la loma cubierto de pinos densos, puesto que se le antojaba adecuada para excavarla sigilosamente.

Aguardó a que se pusiera el sol e hizo a sus criados iniciar el trabajo.

Pasado cierto trecho, se vio una puerta de piedra de tamaño grande en la parte sur de la tumba.

El avaro, junto con los criados, entró por ella y descubrió dos cámaras hechas de piedra.

Hizo encender las velas y se quedó maravillado al ver en las paredes algo húmedas los frescos en colores donde se veían hermosas mujeres subiendo en nube al cielo, varones a caballo compitiéndose arte en el marcial, personas disfrutando de la fiesta, etc.

Después de observarlos hechizado por un rato olvidando el miedo, inició la búsqueda de tesoros.

Por fin, encontró un cajón muy grande y pesado.

Apartó a los acompañantes, abrió él mismo la tapa cautelosamente y alumbró el interior con la luz de la vela.

Al instante se dilataron sus ojos, por un júbilo extremado.

Había dos espadas de color dorado en medio de perlas y joyas resplandecientes.

Lo cerró bruscamente como para impedir que alguien se lo arrebatara y ordenó a los criados la ataran con la soga y se lo llevaran a cuesta a la casa.

Lo ocultó en el fondo de la habitación interior de su casa y no permitió a nadie el acceso al cajón.

Pensaba que con solo vender aquellas dos espadas decoradas con el oro se haría el más adinerado de Pyongyang. Veló la noche con esta ilusión y a la mañana siguiente, cuando los rayos solares entraban ya a raudales por la ventana no pudo contener más su ansia de volver a verlas.

Cerró herméticamente la habitación, trajo el cajón al centro

de la habitación y con el corazón palpitante lo abrió en silencio.

¡Qué sorpresa! Algo reluciente, de un grueso de antebrazo, subió de debajo de las espadas, le arrollaba las manos y le mordió el cuerpo.

Muy espantado, el avaro se esforzó vanamente para liberarse de él. Se tumbó por detrás. En ese momento descubrió varias serpientes. Cayó desmayado dando un alarido desesperado.

Sorprendidos por el grito, los familiares y criados corrieron, abrieron la puerta de patadas e irrumpieron en la habitación. Varias serpientes los miraban con cabezas erguidas y el avaro estaba tendido con el cuerpo hinchado, ya verdoso por el envenenamiento.

Apenas recobrado, el dueño de la casa musitó que llevaran el cajón al lugar donde estaba.

Cuando los criados se pusieron a mover el cajón, las serpientes se arrastraron por sí mismas hacia su interior.

Todos, turbados, lo llevaron a la tumba y lo enterraron.

A unos días el avaro consiguió deshincharse, pero tornado achacoso, acabó por irse del mundo.

El día de su entierro los aldeanos le convinieron duramente:

–Por fin la avaricia lo llevó al castigo divino.

–Era un cretino que no conoce ni la razón del mundo y recibió lo merecido.

Dicen que desde su muerte nadie se atrevió a tocar las tumbas antiguas.

La Puerta Pothong misteriosa

La Puerta Pothong, entrada occidental de la ciudadela de Pyongyang fue llamada con varios nombres. Uno de éstos fue Puerta Sin, puerta misteriosa.

Este nombre data del tiempo de la Guerra Patriótica de Imjin.

Konishi Yukinaga, quien en aquel tiempo fue el caudillo de la tropa japonesa que ocupaba temporalmente la ciudadela de Pyongyang, llamó un día con urgencia a sus oficiales que defendían las puertas. Porque pensaba que sus soldados no guardaban bien las puertas, pues los voluntarios coreanos que tenían asediada la ciudadela asaltaban frecuentemente por las cuatro direcciones y daban muertes masivas a sus tropas.

–Desde este momento decapitaré con este sable a quien no puede rechazar la irrupción de los soldados o voluntarios coreanos por las puertas. Tened presente: Si no guarda con seguridad su puerta, no podrá salvar la vida. –Conminó el caudillo blandiendo su sable al cielo.

Terminadas sus palabras, el oficial que se responsabilizaba de la Puerta Pothong se puso de rodillas y le dijo con la voz que se apagaba:

–No tengo más remedios porque la puerta no se abre ni se cierra en el momento necesario.

–¿Cómo? ¿Buscas ya una excusa para salvar el pellejo? Una

puerta se abre y se cierra según se le antoja a la gente de adentro y no a la de afuera.

Konishi desenvainó el sable, amenazándolo.

–Tiene razón. Pero la puerta Pothong es misteriosa. No se mueve con la fuerza humana. Pienso que la guarda un dios.

El oficial que guarda la Puerta Pothong dijo con voz llorosa frotando las manos.

–No dices hasta el fin que eres un cobarde, sino dices que la guarda un dios. No urge cortar tu cabeza. Antes de cortártela, te mostraré que no la guarda un dios.

Metió su sable en la vaina y se fue en persona para abrir y cerrar la puerta. Pero no logró hacerlo.

Mientas tanto, se agotaron los víveres, y sus soldados se debatían de hambre. Entonces ordenó abrir la puerta para segar el arroz no maduro.

Pero la puerta no se abrió como una sólida roca. Por eso hizo perforar la muralla para la salida de sus soldados. Pero ninguno de éstos volvió vivo.

Entre los japoneses corrieron el rumor de que ellos recibieron el castigo divino porque no obedecieron a la voluntad del dios.

Un día, Konishi, al informarse de que los voluntarios coreanos iban a atacar la muralla, se llevó a unos oficiales robustos y fue a la puerta para cerrarla herméticamente.

No obstante, la puerta se abrió como si hojeara por el viento cuando los voluntarios gritaron hurras y se irrumpieron los

soldados coreanos como las olas del mar.

Aquel día, Konishi apenas salvó su vida huyendo a caballo al bosque de la colina Moran y, muy enfadado, ordenó quemar la Puerta Pothong.

Los japoneses le llevaron pólvoras a cuestas y le prendieron fuego, pero sólo se cubrió de humo la ciudadela, sin que la puerta se quemara en lo mínimo.

Al contrario, brillaron más a la luz de las llamas los hermosos colores pintados en sus columnas y vigas.

Al ver este misterio con sus propios ojos, Konishi se desmayó en su habitación.

Pocos días después, al volverse en sí, Konishi llamó otra vez al oficial que guardaba la puerta Pothong. Este, pensando que esta vez indudablemente Konishi le cortaría la cabeza, se arrastró desde afuera y le dijo con voz débil.

–Mi general, ¿no me ha dicho usted que me cortaría la cabeza después de comprobar que no guarda la Puerta Pothong un dios?

Konishi, sólo manoseando el puño del sable sin levantarse, le gritó irritado.

–Mereces mil veces ser castigado tan sólo por culpa de no haber hecho exorcismo aun quejándote del misterio de la Puerta.

El oficial, palidecido, inclinó la cabeza hacia el suelo sin poder dar otras excusas.

–Canalla, averigua dentro del día cómo debe hacerse el exorcismo. Sino, no te perdonaré.

El oficial trajo a medianoche a un anciano de cabello plateado.

Este echó una mirada hacia el alrededor y dijo acariciando su larga barba:

–En la Puerta Pothong no existe dios. Tal como indica su nombre, no pasa de ser una puerta ordinaria. Pero parece ser misteriosa porque se le ha pegado un diablo japonés.

Este diablo menosprecia a Corea. Ustedes están recluidos en la ciudadela de Pyongyang, embrujados por ese diablo. Sin embargo, piensan que la tienen ocupada. Si digo en otras palabras es igual a un preso quien se queja de que la puerta de la cárcel no se abre y cierra como la de su propia casa.

Con la palabra del anciano el jefe enemigo y sus súbditos se quedaron atemorizados y se miraron unos a otros sin ninguna palabra.

Sin hacer caso de ello el anciano continuó.

–Para hacer el exorcismo no es necesario preparar las comidas. No hay otra salida que regresar a su guarida lo más pronto posible abandonando la ciudadela de Pyongyang.

Los enemigos, sin saber si este anciano era un coreano o un dios, lo miraron largo tiempo desaparecer.

Muchos ratos después, Konishi se volvió en sí y con voz alta ordenó que detuvieran al anciano. Pero éste ya había desaparecido sin dejar huellas.

Muy enojado por las palabras del anciano, Konishi se esforzó para permanecer por todos los medios en la ciudadela de Pyongyang.

Mas, la cosa no pasó según su deseo.

Pocos días después, uno de sus importantes comandantes fue matado por el general Kim Ung So y la famosa *kisaeng* de Pyongyang Kye Wol Hyang.

En enero de 1593 los nipones huyeron hacia el Sur, atacados por los soldados y habitantes de la ciudadela de Pyongyang.

Desde entonces la gente llamó la Puerta Pothong como la misteriosa y contaron con orgullo sobre la lucha de los voluntarios de Pyongyang.

Islote Rungna trasladado

El islote Rungna situado al lado del despeñadero Chongnyu y la colina Moran tiene, además de su hermoso paisaje, también muchas leyendas, una de cuyas representativas es la de su traslado.

De origen, dicen, existió en el curso superior del río Taedong, en medio de su afluente Piryu en Songchon.

Entonces era fértil para cualquier cultivo y siempre daba alto rendimiento, por lo que convergieron allí los labriegos pobres de las cercanías, formando un gran poblado.

Todos los años ellos recolectaron abundantes cosechas, pero fueron explotados indescriptiblemente desde cuando los gobernantes pusieron ojos en ello.

Estos los despojaron cada año de todo lo que producían: granos frutas y verduras.

Los impuestos que aumentaban cada año empeoraron la vida de los isleños, quienes abrigaron cada día más el rencor contra los gobernantes feudales.

El que los esquilmó del modo más cruel fue el gobernador de Songchon de apellido Pak. Con el propósito de expropiar aunque fuera un grano y una fruta más, él mismo, al mando de sus funcionarios, rebuscó los hogares.

Por eso los habitantes del islote oraron que se lo llevara el tigre de Yangdok o de Maengsan y que el islote se alejara de la villa Songchon.

Un día estival, quizá el Dios se hubiera enterado de su rencor y deseo, ocurrió allí un suceso sorprendente.

Se cernieron desde todos los lados los negros nubarrones y empezó a llover a cántaros.

Por fin, el afluente Piru creció y el islote, empujado por la corriente torrencial, empezó a moverse hacia abajo. Y en medio de la obscuridad se arrastró como una nave a la deriva y paró precisamente enfrente del despeñadero Chongnyu al pie de la colina Moran, en medio del río Taedong.

Los isleños que observaban el contorno, no cupieron en sí de gozo.

Porque aunque frente a la crecida del río sentían zozobra y se consideraban ya muertos, no solamente conservaron su vida junto con el islote, sino que se habían liberado de las garras del sátrapa de Songchon.

Repararon las casas destruidas y las tierras de labranza

erosionadas e iniciaron una nueva vida.

Pero su alegría no duró largo tiempo.

El gobernador de Songchon que había perdido el islote, muy encolerizado, aguijoneó a los lugareños a la busca del islote.

Al cabo de más de un año, se informó de que el islote se había trasladado a la ciudadela de Pyongyang y acudió de inmediato al lugar.

Una vez aquí, dijo que el islote estaba bajo su jurisdicción y sus habitantes estaban registrados en el censo de su oficina gubernamental.

Y los apremió a pagar impuestos retrasados. De esta manera los sometió de nuevo a su explotación.

Desde entonces los isleños sufrieron penalidades varias veces más grandes que antes. Se vieron obligados a llevar en naves y carretas o a cuestas sus productos: granos, frutas, hortalizas y otras cosas hasta Songchon.

Si se retardaba el pago de contribución o si entre los granos, las frutas y hortalizas llevados había algo deteriorado, independientemente de la razón, se veían sometidos a los despiadados azotazos.

Así pasaron año tras año. Los isleños no podían aguantar más una vida tan dura.

Para aliviarse aunque fuera un poco de tales penalidades y trabajos engorrosos, se decidieron a enviar la apelación al gobernador de la provincia de Phyong-an.

Escribieron que el islote Rungna anteriormente pertenecía al

territorio de Songchon, pero durante la temporada de lluvias fue trasladado a la ciudadela de Pyongyang, pues era lógico que saliera de la jurisdicción de Songchon para pertenecer a la de Pyongyang, y que querían pagar impuestos a la administración de Phyong-an y no a Songchon que está lejos.

El gobernador de Phyong-an, a quien se le iban los ojos tras el islote Rungna, consideró justo el pleito y en el acto envió al gobernador de Songchon un aviso de que lo transfiriera a la administración de Pyongyang. Al recibirlo, el mandatario de Songchon se sobresaltó.

Se personó de inmediato en la administración de Phyong-an, pero no pudo desobedecerle sin más ni más, porque era un grado superior.

Aunque a desgana, le dijo con palabras halagüeñas, pero resistentes que como desde la antigüedad el islote perteneció al ayuntamiento de Songchon, no podía concederlo a Pyongyang.

El gobernador de Phyong-an se percató de la astucia de Pak y le precisó con una rigurosidad:

–Bueno. Si de veras no quieres transferir el islote a la administración de Pyongyang llévaselo a Songchon dentro de hoy. De no, desde mañana pertenecerá a Pyongyang. Deja de codiciarlo más.

Pak se quedó boquiabierto, sin decir ni un pío.

Aunque se resentía por la pérdida, no tuvo otro remedio.

Con la cara enrojecida sudó la gota gorda hasta regresar sin decir lo que quería.

Se dice que así el islote Rungna pasó a Pyongyang y el gravamen y tributo fueron entregados a la administración de Phyong-an.

Pintoresca Pyongyang

Un muchacho celestial bajado a la colina Moran

La colina Moran, la más alta del monte Kumsu, es un orgullo de Pyongyang no sólo por verse tan hermosa como un capullo de flor, sino también por estar cubierto de un bosque frondoso de pinos desde la antigüedad.

Según una leyenda, en tiempos antiguos, a su cumbre donde cantaba toda especie de pájaros solían bajar no solamente las hadas sino también los hombres celestiales.

Estos se divertían todo el día en el pinar cerca del Pabellón Choesung, vieron a los campesinos que labraban la tierra, y con curiosidad trabajaron y jugaron junto con ellos.

Un día, uno de ellos, al enterarse de que la hija de un campesino que vivía a la orilla de la colina Moran padecía de una enfermedad desconocida, le trajo una droga que usaban los genios del cielo.

Al tomarla, la paciente se restableció por completo y se puso más bonita, y fuerte.

El muchacho celestial, atraído por su belleza, la visitó con frecuencia. A veces permanecía por varios días, labraba la tierra e iba de excursión al Pabellón Choesung junto con ella.

Percatado de esto, el Dios Celeste le reprendió severamente y le prohibió bajar al mundo humano.

Mas, el muchacho, encantado por el paisaje bello y entendido de la dignidad y la felicidad de la vida de los seres humanos que creaban los bienes con su trabajo, no podía permanecer encerrado en el cielo.

Bajó del cielo sigilosamente y visitó la casa del campesino.

Le pidió la mano de su hija prometiendo labrar la tierra juntos. El agricultor lo admitió de buen grado y les ofreció la ceremonia nupcial. Un día, les dio un bote diciendo que los dos vivieran felizmente en un lugar adecuado a la orilla del río Taedong.

Se dice que el matrimonio escogió un lugar adecuado y vivió en buena armonía criando a sus hijos y dedicándose al cultivo de tierra y la pesca.

Roca Puchae

Si uno se pone en pie a la orilla del río Taedong, desde que se divisa el vado de Othan, siente un aire fresco aun en pleno verano.

Aquí, aunque hace fresco en el verano, en el invierno hace calor contra la imaginación

Esto se debe a que el viento tibio del Mar Oeste desaloja el frío continental del norte.

Este fenómeno natural de Pyongyang hizo crear una leyenda sobre la roca misteriosa a la orilla del río.

En un tiempo inmemorial, había una gran roca llamada Puchae (abanico) a la orilla de Othan, que si uno la tocaba soplaba desde debajo de ella un viento fresco en el verano y un viento caliente en el invierno.

Los campesinos de los alrededores, cuando en el verano se empapaban de sudor por el trabajo en el campo se sentaban sobre ella y se refrescaban tocándola. Y, en el invierno se calentaban allí con el viento caliente andando para leñas.

También los viajeros disfrutaron de este beneficio.

Por eso, la Puchae era un tesoro para unos y otros.

Fue conocido no solamente por la ciudadela de Pyongyang sino por todos los lugares del país.

En el verano de un año, el gobernador recién nombrado de la provincia de Phyong-an fue a la roca conocida antes de recorrer la ciudadela.

Quedó muy admirado del fenómeno misterioso: cuanto más la tocaba, tanto más salía un viento fresco.

Este avaro sintió un impulso de apropiarse de ella.

Con la ilusión de que si se construyera una casa pegada a la roca, sería tan magnífica que no se encontraría en ningún lugar del mundo otra semejante en la que penetrara de por sí el viento

fresco en el verano y el viento caliente en el invierno, ordenó empezar la obra.

El día de su inicio se personó en el lugar para vigilar a los jornaleros, lleno de contento como si ya fuera construida la casa.

Pero, ¿qué sorpresa?

Cuando los braceros cavaban con el pico el lugar para poner piedra angular, se oyó un estruendo moviéndose la roca y desde debajo de ésta salió una ráfaga de viento levantando piedras y polvos.

El viento alzó al aire tanto a los jornaleros como al gobernador. El contorno no se despejó todo el día de nubes de polvo.

Solamente al día siguiente se calmó el viento y desapareció el polvo. Debajo de la roca apareció una gran cavidad. En su centro se veía un hoyo de tamaño de un fogón.

El gobernador, lastimado aquel día de cintura, no pudo asistir ni un día a su tarea y finalmente regresó a Seúl. Poco tiempo después se fue del mundo.

Desde ese día de “desastre” no salió el viento por mucho que se tocara la roca.

Thalui-u

En un tiempo remoto el camino al pie del despeñadero Chongnyu se llamó *Thalui-u*, porque los que pasaban por ahí

tuvieron que quitarse la ropa aun en el día muy frío.

No se sabe exactamente desde cuándo fue conocido ampliamente este nombre, pero se dice que data del tiempo posterior a la construcción de la ciudadela de Pyongyang en la época de Coguryo.

Según una leyenda, después de terminada esta obra, un hombre llamado Tul Bo, participante en la misma, regresó a su tierra natal, no muy apartada de Pyongyang. Al enterarse de su regreso, los aldeanos visitaron su casa.

Curiosos de Pyongyang, le preguntaron su topografía, el tamaño y la estructura de su muralla recién construida y la vida de sus habitantes porque el levantamiento de una ciudadela en un lugar cercano y su prosperidad era para ellos motivo de una gran alegría, y habían oído desde antaño que de la configuración topográfica de la capital dependían la prosperidad del país y la armonía del pueblo.

Un día de esos, al caer la noche, un rico llamado Thak Su fue a la casa de Tul Bo y le preguntó en detalle de la ciudadela de Pyongyang.

Le explicó, al igual que habló a otros, la estructura y el tamaño de su muralla. Y con un ademán de manos añadió que había un camino por donde la gente debía pasar quitada la ropa aun en el invierno.

Al escucharlo, el rico dijo que le parecía todo verdadero, salvo lo que había un camino tal.

–¿No lo cree? No sabría usted cuántas veces pasé yo por ahí

trabajando en la construcción de la muralla.

–Te quitaste la ropa porque sudabas por lo duro y difícil del trabajo, y no porque el lugar fue extrañamente caliente. ¿No es así?

Contestó Thak Su con carcajadas recorriendo con la vista a los reunidos como si quisiera recibir su consentimiento.

También estos, menearon la cabeza a su favor.

Tul Bo, puesto en un trance, no tuvo otro remedio que insistir en sus palabras.

Así la conversación sobre la ciudadela de Pyongyang se convirtió en una discusión entre Tul Bo y Thak Su.

Entonces los tertulianos afirmaron que la disputa se resolvería solo con la visita a la ciudadela.

También Thak Su propuso a Tul Bo una apuesta e ir juntos a Pyongyang para confirmar con los propios ojos la existencia de *Thalui-u* recorriendo al mismo tiempo la ciudadela.

Ambos quedaron en que si Tul Bo ganaba la apuesta, el rico le daría una ración de alimentos para un mes y que en el caso contrario él, trabajaría gratis durante un mes en la casa del rico.

Los dos partieron hacia la ciudadela de Pyongyang en el día del solsticio de invierno en que se helaba hasta el río Taedong debido al frío penetrante.

Se pusieron gorros y calzados de piel, y se vistieron de gruesas chaquetas enguatadas.

Después de recorrer ciudadela, el rico fue a *Thalui-u* guiado por Tul Bo.

Al tomar el camino extendido al pie del despeñadero Chongnyu, arraigado en el río Taedong, Thak Su se quedó muy asombrado.

Se calmó el viento frío que soplaba con violencia hacia el interior de la ciudadela y desapareció la frialdad que punzaba la cara. Su cuerpo se calentó poco a poco. Se sintió estar sentado ante una estufa.

Aturdido ante este clima misterioso, observó por un rato los alrededores.

Solo entonces comprendió el secreto de este cambio.

El despeñadero Chongnyu bloqueaba el viento frío del norte y su configuración de forma de media luna permitía que el sol calentara la tierra verticalmente.

Hasta ahora el rico había viajado a muchos lugares en la temporada fría, pero pasaba por primera vez por un camino como ése.

Perlaban gotas de sudor en su frente y empezó a sentir el calor.

Otros pasajeros caminaban con el gorro de piel y la chaqueta enguatada en las manos.

Mas, el rico, para no perder la apuesta, caminó sin quitarse la ropa.

Aunque se sofocaba por el calor hizo esfuerzos para aguantarlo hasta el fin.

Tul Bo se desvistió, en mitad del camino, del gorro y la chaqueta, pero Thak Su corpulento llegó al destino sin

quitárselos aunque sudaba a gota gorda y se sentía asfixiante.

Cuando Tul Bo le dijo que ya habían pasado el *Thalui-u*, Thak Su exhaló un largo aliento y dijo jadeando:

–¿Qué dices? Y he ganado.

–Sí. Me rindo.

Reconoció Tul Bo su derrota.

Así éste tuvo que trabajar gratis en la casa del rico.

Al día siguiente fue a su casa. Sin embargo, encontró al rico enfermo, por lo que volvió sin trabajar.

No sabía porqué guardaba cama quizá por una enfermedad del estómago o por una gripe. Fuera lo que fuese, no se levantó de la cama durante más de un mes.

Un día, el rico llamó a Tul Bo a casa. Este le fue al caer la tarde.

Allí se reunían los aldeanos, invitados a un festín.

Los reunidos murmuraron sin saber el motivo. ¿Quizá por la alegría de haber ganado la apuesta o por haberse vuelto loco?

El dueño de la casa, percatado de este ambiente, comenzó a decir fingiendo dos veces la tos: –Recientemente, recorrí, junto con Tul Bo la ciudadela de Pyongyang. Tal como oí, su topografía era maravillosa. Si tomo como un ejemplo el *Thalui-u*, me hace entender que la ciudadela de Pyongyang se encuentra en el centro de nuestro país, el lugar más cercano al sol. Su conversión en la capital del país es un presagio de la prosperidad y de la vida apacible de su pueblo. ¡Cuán fortuna es esto! Me quedé impresionado mucho durante mi reciente

recorrido y me alegro de que Tul Bo ganó indudablemente la apuesta. Por eso he invitado a ustedes.

Sólo entonces los huéspedes, menearon la cabeza como si entendieran el motivo de la invitación.

–Parece que de verdad Pyongyang es maravilloso, al ver que el terco Thak Su ofrece un banquete.

Thalui-u de Pyongyang fue conocido más con esta historia.

Ancla en el río Taedong

En el pasado, bajo la influencia del flujo y reflujo del Mar Oeste, el río Taedong causaba frecuentemente calamidades a los pyongyaneses, como si fuera una fiera indomada.

Si su crecida en la temporada de lluvia coincidía con la pleamar, desbordaba su agua, inundando en un santiamén toda la ciudadela de Pyongyang.

Por tal capricho del río, en el pasado se engendraron muchas leyendas.

Una de ellas es el ancla en el río Taedong.

Desde la antigüedad la ciudadela de Pyongyang se consideraba como un barco, pues era larga de norte a sur y estrecha de este a oeste. También parecía a una nave flotante porque en el norte corría el río Hapjang, en el sureste el Taedong y en el oeste el Pothong, y las corrientes de estos dos últimos convergían en el sur.

De ahí que los pyongyaneses fabricaron una gran ancla y la

echaron al río Taedong, nadie sabe cuándo, para que la ciudadela no fuera arrastrada al mar.

Se dice que esta ancla fue conocida por primera vez en el período de la Guerra Patriótica de Imjin, cuando la ciudadela de Pyongyang estaba ocupada temporalmente por los japoneses.

En aquel entonces, los generales y soldados japoneses y su caudillo, caídos en táctica del ejército coreano de vaciarlo todo, desde los primeros días de su ocupación sufrieron hambre y, en busca de los alimentos, escudriñaron todos sus rincones.

Los invasores, que correteaban como perros rabiosos no tuvieron otro remedio que pescar en el río Taedong. Se entregaron todos a la pesca apoderándose de todas las embarcaciones de la ciudadela.

Un día, ellos dieron con un ancla en el profundo fondo del río.

Era un ancla muy grande, nunca vista por los nipones. Tenía la forma de un tridente, de 6 metros de alto y 0,3 metros de grosor, con un gran anillo en la parte superior.

Dieron vítores pensando que habían encontrado un tesoro y la llevaron a la ciudadela.

Al informarse de ello, los ancianos y niños que quedaban sin refugiarse acudieron, con implementos en la mano, al cuartel enemigo y exigieron reponerla de inmediato en su lugar original.

–¿Qué gran desastre habéis causado?, –gritó la muchedumbre a los japoneses– Ahora mismo llevadla de nuevo

a su lugar. Si no, la ciudadela de Pyongyang se sumergirá o se llevará arrastrada al mar. Pues, ¿todos queréis morir ahogados?

Al enterarse de la historia del ancla los japoneses, que estaban aturdidos ante la protesta de la población, la echaron otra vez al río Taedong.

Despeñadero Chongnyu

En cuanto al despeñadero Chongnyu, sobre el cual se encuentra el pabellón Pubyok, se transmite el cuento siguiente:

En una aldea a la orilla del río Taedong vivía un campesino bonachón y laborioso de apellido Sol. Él se preocupaba más que nadie por la frecuente inundación de su localidad por el río Taedong.

Un día, el agua desbordada arrastró una carpa hacia fuera del río. El campesino la cogió y soltó al agua. Una noche avanzada, cuando el aldeano dormía habiendo reparado en lo fundamental su casa destruida, se oyeron repetidas llamadas, que lo despertaron. Lo visitaba un niño. Este le dijo, mientras se mantenía perplejo, que el rey de los dragones lo invitaba, y le apuró para que lo acompañara. Sin saber el motivo el aldeano siguió al niño. Se abrió el río Taedong y apareció una carretera hacia el palacio de dragones. En compañía del niño entró en él, donde el rey de dragones le esperaba para ofrecer un gran banquete.

El anfitrión lo acogió con cordialidad y le dijo que él era

salvador de su hijo y lo satisfaría con todo lo que él deseara.

El campesino le expuso que siempre en la temporada de lluvia, por el desbordamiento del río Taedong, la aldea sufría grandes calamidades.

Aquél manifestó su compasión y lo agasajó.

En camino de su regreso, se sorprendió por una lluvia torrencial acompañada de truenos. De repente surgió una gran mampara de roca cortando la corriente del río.

Según se dicen, aquella roca es el actual despeñadero Chongnyu.

Patriotismo de los habitantes de Pyongyang

Arriate delante de la Puerta Sur de la muralla del monte Taesong

Según una leyenda, en un tiempo en Coguryo hubo un hombre llamado Kim Koe, maestro en la diplomacia.

La región septentrional de Coguryo lindaba con varios países, por lo que fue objeto de frecuentes invasiones o escena de conflictos con los extranjeros.

Cada vez que ocurrían estos sucesos, Kim Koe resolvía con facilidad cualquier asunto difícil y complejo.

Por eso, fue conocido como un perito en la diplomacia.

Al envejecerse él poco a poco, el Estado decidió seleccionar

un joven prometedor como su sucesor y lo hizo que aprendiera de él el arte diplomático.

El joven seleccionado se esforzó para aprenderlo acompañando siempre al mismo.

Pero no descubrió en él ninguna pericia diplomática especial por mucho que lo observara con atención.

No tenía un cuerpo gordo e imponente, sino ordinario como otros. Tampoco daba una impresión temible o penetrante, sino modesta como un generoso anciano vecino.

Tampoco lo vio velar la noche ingeniando de antemano la dirección diplomática o las frases lógicas para hacer cara a los representantes de otros países.

Pero, una vez al frente de éstos, su cara reponía seria e indignada o relucía de generosidad insondable.

Por fin, ellos acababan por doblegarse ante él.

Si el viejo diplomático tuviera algún rasgo particular en comparación con otros, era que amaba mucho las flores.

Otros diplomáticos, cuando regresaban de otros países, traían en carreta objetos preciosos para aumentar su propiedad o regalar a sus parientes y amigos. Sin embargo, Kim Koe volvía solo con algunas posturas de flores y las plantaba no en los patios de su casa o su oficina sino en el contorno de la Puerta Sur de la muralla del monte Taesong.

Aunque algunas de ellas se marchitaban sin arraigarse, la mayoría echaba flores hermosas y decoraba el paisaje del contorno de la muralla.

Algunos funcionarios lo reprocharon diciendo que era un fanático de flores como las mujeres, en contradicción con su posición de un diplomático conocido del país.

Un día, al verlo plantar flores delante de la puerta de la muralla, el joven le preguntó:

–¿Qué beneficio espera usted con este empeño?

–Ninguno. Me siento incómodo cuando no veo en nuestra muralla alguna flor que hay en otro lugar.

–¿Se siente incómodo?

–Sí. No quiero ver que nuestra ciudadela de Pyongyang se quede en zaga de otras capitales aunque se trate de una mata de flor.

El joven desoyó sus palabras considerando solo que el viejo tenía una afición rara.

El viejo murió mientras el joven vivía con ansia de no haber aprendido nada de su arte diplomático aunque había pasado tanto tiempo.

El ataúd del viejo fue enterrado en una loma delante de la Puerta Sur, según su testamente.

Poco tiempo después, en la frontera septentrional ocurrió una divergencia.

Para resolverla, el rey decidió enviar al diplomático joven a título de mensajero del país.

El día de su partida, el rey le dijo:

–Habrás aprendido bastante la habilidad diplomática del difunto Kim Koe. Espero que como él, resuelvas con éxito el asunto planteado.

Él no sabía cómo responder al rey.

Como no le era posible disculparse ante el rey, le juró sólo que cumpliría su orden.

Mientras más se angustiaba para ingeniar la manera de manejar al antojo a los representantes extranjeros como lo había hecho Kim Koe, tanto más lo echaba de menos.

Con tal añoranza pasó la noche anterior al encuentro.

Cuanto más avanzaba la noche, tanto más vivamente desfilaban ante sus ojos las hermosas flores de delante de la Puerta Sur, que lo despedían amorosamente como si fuera suyo, y tanto más resonaban en sus oídos las palabras de Kim Koe que le había dicho plantando las posturas de flores.

"…No quiero ver que nuestra ciudadela de Pyongyang se quede en zaga de otras capitales aunque se trate de una mata de flor…"

El diplomático joven, que recordaba estas palabras, se levantó dándose una palmada a la rodilla.

–Precisamente fue ese espíritu: el de no querer ver que la ciudadela de Pyongyang no quede en zaga de la capital de otro país, y el de no querer ver que nuestro país sea maltratado u ofendido por cualquier país. Este espíritu fue precisamente el secreto de la habilidad diplomática de Kim Koe.

Se dijo así el joven, emocionado, paseando por la habitación.

Al día siguiente, él, con un amor más cálido que el fuego por Coguryo y por Pyongyang, sostuvo el encuentro con el representante del país vecino y protestó tajantemente sobre los

actos injustos de la parte rival que causaba frecuentemente conflictos en la frontera.

El adversario trató de disculparse con algunos pretextos, pero sin encontrar palabra pidió perdón por su error prometiendo no repetir tal alboroto en la frontera.

Al oír la noticia de que el diplomático joven de Coguryo ganó las negociaciones con el país vecino, el rey lo valoró altamente.

–De veras, eres un mensajero hábil que ha heredado la habilidad diplomática de Kim Koe, que fue orgullo de nuestro Coguryo.

Entonces, el joven le contestó con la cabeza levantada.

–Permítame decirle Su Excelencia. Yo aprendí no el arte diplomático de Kim Koe, sino su espíritu de amar y apreciar el país y la ciudadela de Pyongyang.

Y añadió que cada vez que regresaba del extranjero después de cumplir su misión de mensajero, Kim Koe no traía algún producto especial ni algún artículo precioso, sino las flores exóticas que no había en la ciudadela de Pyongyang.

Al escucharlo, el rey y sus súbditos dijeron al unísono que se había entendido de dónde hubo el secreto de la habilidad de Kim Koe.

"Su arte improvisado en la diplomacia no consiste en un ingenio o una elocuencia, sino en el espíritu de amor al país y la capital, …"

Los habitantes del interior y exterior de la ciudadela que

oyeron esta historia, cuidaron con esmero las flores que Kim Koe plantó en vida en el terreno desocupado de delante de la Puerta Sur con el espíritu patriótico y cubrieron su tumba con prímulas que crecían mejor.

Con el paso del tiempo, la prímula proliferó al pie del monte Taesong. Desde entonces, tanto los diplomáticos como los generales y los militares, guardando en su alma las flores del monte Taesong y la leyenda sobre la misma, defendieron siempre el orgullo y la dignidad del país en la lucha contra los enemigos.

Historia del endrino

En una aldea situada en el valle Kyongsang vivía con su padre viudo una muchacha bonachona, que se llamaba Ryo Ok.

Le gustaban mucho las flores, especialmente las de endrino.

Su familia trasplantó en contorno de su casa plantas florales de diversos géneros, les esparció estiércoles y desyerbó a tiempo, por lo cual, si llegaba la temporada de florecimiento su pequeña choza se rodeaba enteramente de flores.

Poco después, no sólo su casa sino toda la colina Moran y varios lugares de la ciudadela de Pyongyang fueron cubiertos de flores.

Pero, un año la oficina gubernamental despachó la orden de talar todos los endrinos en todas las montañas y casas del país y de no plantarlos nunca los plebeyos.

La causa era que su flor parecía a la flor de símbolo de la corte real y que el florecimiento de los endrinos en las zonas residenciales de los plebeyos significaba el menosprecio de la diferencia de casta entre el rey y la capa humilde.

Por consiguiente, en todo el país se armó un alboroto sin precedente de cortar los endrinos. También en Pyongyang los funcionarios y alguaciles comenzaron a cortar los endrinos con hoces y hachas.

Daban porrazos y aplicaban multas a los que tenían endrinos en su casa, aunque fuera uno solo.

Debido a la obstinación absurda de los aristócratas la ciudadela se convirtió en un pandemónium de tala y su hermoso paisaje quedó lesionado.

Este escándalo de endrinos les causó mucha pena a Ryo Ok y su padre.

“Si permaneciéramos con los brazos cruzados, en Pyongyang no quedarían ni un endrino.”

A Ryo Ok se le desgarraba el corazón. Decidida a no pasar por alto esa absurdidad de la oficina gubernamental, discutió con su padre y trasplantó a escondidas un endrino en el traspatio de su casa.

Unos días después, apareció en su hogar un grupo de funcionarios. Registró todo el patio atropellando flores y, al fin, encontró aquel endrino escondido.

¡Pillastre!, ¿piensas que estarías a mansalvo aun desobedeciendo la orden del rey? Si no quieres recibir 50

porrazos, ahorra mismo tálalo, con tus propias manos.

Muy furiosos, ellos preparaban ya someter a su padre al castigo. En ese momento al padre le daba lástima su hija quien estaría llorando tristemente en la habitación.

"Talar ese árbol es igual a dar hachazo a mi hija."

Abriendo ojos cerrados el padre de Ryo Ok dijo con serenidad.

–Me atrevo a decirles que éste no es endrino sino albaricoquero. Considero que ustedes se han equivocado.

Los funcionarios quedaron perplejos mirándose entre sí.

Aunque eran unos tipejos que se destacaban en quitar los bienes ajenos y zurriagar a los habitantes inocentes, no tenían ningún conocimiento en cuanto a las plantas florales.

En realidad, el endrino que tenía unos años se parecía algo al albaricoquero y, además, por haber estado cubierto por la nieve era muy difícil distinguirlo sin observar minuciosamente.

Después de algún tiempo preguntó un tipejo armado con la porra hexagonal.

–¿Pues, con qué puedes comprobar que es un albaricoquero?

Al oír estas palabras, Ryo Ok, quien estaba muerta de miedo en la habitación, salió afuera y con voz metálica contestó en lugar de su padre.

–La primavera lo comprobará. Las flores del endrino son blanco y las del albaricoquero rosáceas. Por eso, si llega la primavera, se comprobará de por sí.

Por quedar sin palabra a esta respuesta los funcionarios del

gobierno montaron en cólera.

–Está bien, si se echan flores blancas en la primavera, descuartizaremos a tí y a tu padre.

Una vez retirados ellos, Ryo Ok hundió su cara en el pecho de su padre y comenzó a sollozar.

–¡Bravo, hija mía! –dijo quedamente el padre acariciando sus espaldas. Dios no permanecerá indiferente a tu amor a las flores.

Pasó el invierno y vino la primavera.

En el cielo azul revoloteaban los pájaros y susurraban las aguas del arroyo. De las ramas de los árboles comenzaron a brotar las yemas verdes.

Con el paso de los días ya se formaban capullos de flor en las ramas del endrino, angustiando más a la muchacha. Cada día salía al traspatio y decía al endrino llorando:

–Endrino, ¿tú sabes mi angustia?, ¿no puedes convertir el color de tus flores en rosáceo? Si no lo puedes, tanto tú como mi padre y yo no tendremos otro remedio que morir.

A la mañana se abrieron plenamente los capullos. Pero, ¡qué extraño! Su color no era blanco sino rosáceo. Era increíble. La muchacha se preguntó si soñaba o estaba despierta.

–Padre, el endrino ha echado flores rosáceas, gritó Ryo Ok llena de alegría.

También su padre no sabía qué hacer de placer.

–¡Verdad!, parecen a las de albaricoquero.

Por la mañana aparecieron los funcionarios gubernamentales

sin olvidar la promesa y, al comprobar el color, se dieron media vuelta amargados.

–Padre, ¡qué extraño!

–Según se dice, muchos amenes al cielo llegan. Pienso que el Dios estimó tu devoción a la flor.

A partir de aquel día Ryo Ok dedicó mayor ahínco al cultivo del endrino y cada año sembró sus semillas y transplantó sus plantones en la colina Moran, para no hablar del contorno de su casa.

Dicen que los endrinos actuales en esta colina son los descendientes del endrino que salvó Ryo Ok.

General Ulmil

El Pabellón Ulmil es un puesto de mando levantado cuando Coguryo construía la ciudadela de Pyongyang.

En torno al mismo se transmite una leyenda de un general.

En un tiempo remoto, en la falda de la colina Moran vivía un general llamado Ulmil.

Disfrutaba del respeto y amor de los lugareños, por sus méritos hechos en los combates contra los agresores foráneos que invadían a Pyongyang, famoso por su tierra fértil y paisaje pintoresco.

Transcurrido el tiempo, tampoco él no pudo evitar el envejecimiento, pues comenzó a enseñar el arte marcial a su hijo Narae y otros jóvenes. Mas, la cosa no marchaba bien

como él deseaba. Un día, el general, después de consultar con los pyongyaneses, los mandó a aprender para un plazo de 3 años y 3 meses el arte marcial de un general veterano que moraba en una montaña lejana.

En el momento de despedida Narae pidió a su novia Kobi que cuidara bien a su padre.

Un día, 2 años después de su partida, Pyongyang se vio atacada sorpresivamente por los foráneos.

El general Ulmil, a pesar de que no le obedecía bien su cuerpo por la edad avanzada, se puso resueltamente en la defensa al mando de los militares. Era muy enconada la batalla.

Kobi, quien combatía a lado del general Ulmil con vestido de hombre, muy inquieta, le solicitó repetidamente que llamara a los jóvenes en aprendizaje del arte marcial.

Al tornarse más grave la situación, también otros le expresaron la misma opinión.

Después de algún rato de reflexión el general dijo: No podemos abandonar gran propósito para evitar una crisis momentánea. Los que aprecian más la patria y la nación que su propia vida somos los cogurianos. Sígame quien desea la seguridad de la patria y la generación venidera.

Aunque era viejo, él, montado al caballo con la espada en alto, se abalanzó a la posición enemiga y derribaron a los enemigos como si segara cáñamos.

Estimulados por su ímpetu, todos los pyongyaneses se movilizaron y lucharon contra los invasores.

Pero, lamentablemente el general fue gravemente herido, alcanzado por una flecha enemiga.

Al recibir de su espía el aviso de que él guardaba cama, los enemigos volvieron a lanzarse sobre Pyongyang, con sus tropas reorganizadas, para no perder la oportunidad.

Los pyongyaneses encendieron la hoguera de señal mientras transmitieron esta noticia al general Ulmil.

Al informarse de esto, él se levantó resueltamente, se puso el casco y la armadura, y subió en un palanquín al puesto de mando en la colina Moran. Dispuso a los militares a la configuración del terreno y ordenó combatir a muerte.

Respondiendo a su orden, todos los hombres y mujeres, ancianos y niños de la ciudadela de Pyongyang lucharon indoblegablemente flechando y haciendo rodar rocas.

Ante el bravío de los moradores y la inesperada presencia de Ulmil, los enemigos se desanimaron, pero sin dejar de hacer esfuerzos desesperados para ocupar la ciudadela.

También en los valles de la colina Moran y la llanura Pothong se libraron batallas enconadas.

Un día, el general Ulmil, en su recorrido por los lugares de combate junto con Kobi, se topó por sorpresa con los enemigos que infiltraron a hurtadillas y estaban emboscados en la cercanía del puesto de mando, y recibió un sablazo mortal. Aunque Kobi y otros militares rechazaron a los atacantes desde el frente y la espalda, lamentablemente el general cayó desmayado.

Las personas que acudieron al lugar le llamaron con angustia, pero no lograron despertarlo.

En aquella situación a Kobi no tuvo otro remedio que ir en busca de los jóvenes que fueron a aprender el arte marcial. Galopó sin descanso, día y noche, hasta llegar al destino, donde encontró a los jóvenes que estaban sometidos al examen final.

Estos, por haberse ejercitado afanosamente en el arte marcial, para no defraudar la expectativa de los pyongyaneses, fueron aprobados todos con la nota sobresaliente, dando una gran alegría a su maestro. En aquel instante alegre llegó Kobi y, antes de perder el conocimiento, les avisó la urgencia de la ciudadela.

Los jóvenes vestidos de armadura montaron de inmediato el caballo y acudieron a Pyongyang.

A la madrugada del día siguiente ellos llegaron a la ciudadela. Aún las tropas enemigas no se habían retirado, pero mirando al puesto de mando del general ellos se tranquilizaron notablemente. Pues, allí flameaba el estandarte del general y relucían lanzas y espadas.

–Kobi, está vivo el general Ulmil. Mira aquella bandera.

Con coraje redoblado Narae y demás jóvenes diezmaron a los enemigos. Después de aniquilar completamente a los agresores ellos subieron a la colina Moran en medio de tamboreos de victoria.

Una vez llegados al puesto de mando, le saludaron de rodillas a Ulmil.

–Hemos realizado el deseo de los ciudadanos de la ciudadela de Pyongyang. –Dijo Narae, pero no respondía su padre. Por un mal presentimiento ellos levantaron la cabeza y miraron al general.

Un rostro pálido y los ojos cerrados. Ya no era un hombre de este mundo. Por la demasiada sorpresa, Narae y sus acompañantes se desconcertaron un rato clavándole sus vistas.

En aquel momento un anciano dijo conteniendo lágrimas.

–El general Ulmil falleció ya hace dos días. Y nos mandó que lo colocáramos aquí hasta que no retiraran los invasores bárbaros.

El viejo no pudo continuar más sollozando.

–¡Ah, Padre!

Sumidos en sollozos, los jóvenes y otros ciudadanos de la ciudadela de Pyongyang lo llamaron de nombre y tomaron la decisión de seguir sin falta su propósito.

Desde entonces en la ciudadela de Pyongyang se surgieron miles "general Ulmil", razón por la cual ningún agresor se atrevió a invadirla.

Para transmitir a la posteridad las hazañas del general Ulmil, los pyongyaneses levantaron un pabellón en aquel puesto de mando y lo denominó con su nombre.

Paekunthan

Paekunthan (vado plateado), es el nombre de un vado que existió entre los islotes Rungna y Panwol.

Aunque éste último se unió a aquél con arena, en la antigüedad fue un islote independiente.

Se dice que entonces el lecho del vado estaba cubierto de rocas blancas y el agua cristalina corría como si rodaran las perlas.

En un tiempo remoto, en la cima de la colina Moran había una campana de plata grande con relieves bellos. No se sabía quién y cuándo la había fabricado.

Se la consideraba como un tesoro sagrado de la ciudadela de Pyongyang porque sonaba por sí mismo cuando los invasores foráneos se acercaban a la ciudadela y cuando sucedía un hecho feliz para el país.

Su sonido gracioso y dulce ofrecía a las personas el placer y el ánimo.

Su renombre se propagó hasta a los países vecinos para no hablar del nuestro.

Por eso había personas que venían adrede a verla desde lejanas comarcas. Y los extranjeros que venían a Pyongyang la visitaban antes que a otros lugares.

Incluso había países que la codiciaban: alguno propuso permutarla con muchos tesoros y otro tramó intriga para robarla movilizando hasta a los militares.

Frente a esta situación, los habitantes de la ciudadela tomaron la decisión de esconderla en el fondo del río Taedong bajo el despeñadero Chongnyu, para luego traerla de nuevo cuando la defensa de la ciudadela fuera consolidada ya suficientemente.

Pero, ¡qué mala suerte!

La campana de plata, escondida en el fondo del río, desapreció sin dejar rastro.

Los pyongyaneses, sobresaltados, se lanzaron a la búsqueda peinando el fondo del río.

En eso vieron un gran dragón negro que con la campana en la boca iba río abajo desde donde remolinaba el río bajo el roquedal de delante del Pabellón Ryongwang.

Sin duda era un monstruo que vivía en medio del Mar Oeste.

Los pyongyaneses pelearon contra él para arrebatarle la campana.

Pese a que le lanzaron lanzas y sables, no hacía caso de este ataque.

Lo atacaron a vida o muerte alzando gritos y tocando tambores y gongos.

Entonces, dragón negro, retorciéndose con alaridos extraños, se puso a huir con mayor velocidad hacia el oeste.

Al verlo, algunos ancianos y mujeres lloraron amargamente golpeando la tierra y lamentándose de perder finalmente la campana de plata que se heredaba de generación en generación.

En ese momento apareció un gigantesco dragón rojo desde el curso superior del río Taedong y rompiendo las olas se abalanzó sobre el dragón negro.

Se entabló una pelea reñida entre los dos rivales.

El río se cubrió de blancas rociaduras de agua cual si nieblas densas.

Los pyongyaneses ayudaron al rojo.

El combate duró 3 días.

Finalmente, el dragón rojo, emergiendo sobre el agua, tumbó al negro extenuado.

Este fue arrastrado río abajo vomitando la sangre.

El vencedor, que se apoderó de la campana de plata, la colocó en el lugar original.

Ese día, los pyongyaneses ofrecieron un banquete solemne junto al remolino en felicitación de la reconquista de la campana y de los méritos del dragón rojo.

Y la dejaron en el fondo del río debajo del despeñadero Chongnyu y encomendaron al dragón rojo defenderla.

La campana se convirtió en eterna propiedad de ellos.

Con el paso del tiempo la campana de plata se convirtió en roca blanca, que cubría a Paekunthan entre los islotes Rungna y Panwol.

Pinos de los alrededores del Pabellón Ulmil

Entre los soldados que lucharon en defensa de la ciudadela de Pyongyang durante la Guerra Patriótica de Imjin existía un joven llamado Choe Chil Song que vivía en el contorno de la Puerta Pothong.

Cuando se tornaba poco a poco más difícil la batalla con los agresores nipones, el muchacho, preocupado por su padre

anciano, pasó por su casa aprovechando un receso.

Dijo a su padre que buscara pronto el refugio porque la batalla podía extenderse hasta el interior de la ciudadela.

Al escucharlo, el anciano lo reprendió diciendo: ¿Acaso permitir a los agresores entrar en la ciudadela? ¿Es permisible para un soldado de Pyongyang pensar en retroceder antes que en rechazarlos?

Ido el hijo, el padre pensó que aunque estaba anciano no podía estar con los brazos cruzados cuando los invasores estaban a punto de lanzarse sobre la ciudadela.

Inmediatamente fue a ver al coetáneo Pak que vivía detrás de su casa.

–¡Qué vergüenza que estamos metidos en casa sin saber la situación del interior de la ciudadela! Vamos pronto a la muralla.

Los dos ancianos que en los tiempos ordinarios salían afuera con dificultad por la vejez, abandonaron la casa con el bastón en una mano y con el hacha en la otra.

Desde la colina Mansu vieron en la Moran una gran muchedumbre reunida ya para luchar contra los nipones.

En fogones instalados aquí y allá subían humos; las mujeres iban y venían con el cántaro sobre la cabeza; los viejos y niños llevaban piedras a la muralla.

Ambos ancianos, para no perder su lugar de defensa, apresuraron los pasos hacia la muralla en la colina Moran.

En ese momento, el jefe de los voluntarios Ko On Baek, que

bajaba tras averiguar la preparación de combate, se encontró con ellos y les preguntó adónde iban.

Estos le contestaron jadeantes que venían a luchar contra el enemigo pidiéndole que les diera lanzas o espadas.

–Me siento muy conmovido por la lealtad que tienen ustedes. Pero, ¿cómo podrán luchar siendo tan viejos? Antes de que ustedes lancen las flechas, les alcanzarán las del enemigo.

–Ya he vivido toda mi vida. No me quejaré si aun cuando me alcance una flecha del enemigo. Pero si muero así, será igual a privar al enemigo de una flecha.

–¿Privar al enemigo de una flecha?

Ko On Baek se rió a carcajadas y dijo.

–Si sucede eso, los soldados de a lado combatirán peor por la inquietud. Por favor, váyanse.

Aunque él los disuadió más de una vez, los ancianos persistieron sin más ni más. Entonces ordenó a algunos soldados que los llevaran a sus casas.

Sin otro remedio los ancianos se dieron media vuelta, pero, desanimados, se dejaron caer pesadamente en el herbazal.

A su vista se veían los densos pinos en la colina Moran.

–¡Ojalá que fueran nuestros soldados todos aquellos pinos!

El anciano Choe que lo oía sin atención, se dio de repente una palmada a su rodilla.

–¿Qué te parece si ponemos ropas a esos pinos pequeños como espantapájaros?

–Cierto, entonces los enemigos, engañados, les lanzarán flechas y las recogeremos.

–Además, los enemigos no nos menospreciarán por lo pocos que somos.

Ambos, acordados, acudieron de nuevo a Ko On Baek y le expusieron su iniciativa.

Al escucharlo, el jefe envió de inmediato a algunos soldados y ciudadanos al interior de la ciudadela para que trajeran ropas rotas. Esa misma noche ellos vistieron de ellas a los pinos que estaban en la extensa ladera debajo del Pabellón Ulmil para que se vieran como si muchos soldados estuvieran defendiendo la colina.

Además, los interconectaron con tallos de maranta para que se movieran como hombres cuando les daban tirones.

Por la mañana del día siguiente los nipones vieron desde el otro lado del río a un gran número de “soldados” cerca del Pabellón Ulmil, y dando gritos, les lanzaron balas y flechas.

Al ver que los “soldados” se mantenían seguros, los enemigos, llenos de rabia, arremetieron sucesivamente en grupos de cientos durante dos días.

Ni un pino de los contornos del Pabellón se quedó sano y salvo, pero contribuyeron grandemente a detener el ataque de los nipones arrebatándoles más de la mitad de su balas y flechas.

Dicen que tras expulsar a los invasores, los ancianos y muchachos de Pyongyang subieron en cada primavera y otoño a

la colina Moran y cuidaron con esmero los pinos de los alrededores del Pabellón Ulmil.

Wangsongthan

Al extremo norte del islote Rungna, se encuentra un vado llamado Wangsongthan.

En lo que respecta a este nombre se transmite la siguiente historia.

Se trata de un suceso ocurrido cuando los japoneses agredían a Pyongyang desde el Sur.

Al ver que los agresores cubrían toda la llanura de Tongdaewon los habitantes de la ciudadela de Pyongyang se quedaron aturdidos por un momento.

Los enemigos ya se introducían en el río con el propósito de ocupar de un tirón la ciudadela.

En ese preciso momento se cernieron de repente los negros nubarrones y empezó a caer un chubasco. Creció el rió Taedong impidiendo el paso de los enemigos.

–¡El cielo nos ayuda!

Los pyongyaneses emitieron gritos de júbilo y, aprovechando esta oportunidad, aceleraron la preparación de combate.

Fortificaron las murallas, fabricaron las lanzas y espadas y prepararon los víveres.

Ya estaban listos para dar el contraataque a los enemigos.

Pero, aunque había cesado la lluvia, no decrecía el río, lo

que inquietaba a los soldados y los habitantes de la ciudadela, porque los agresores se lanzaban a las familias campesinas de la llanura de Tongdaewon para arrebatarles vacas y cerdos, atizando más y más su rencor.

–Sería bueno atacarlos cuando los enemigos están relajados…

En este momento un abuelo de cabello canoso dijo palabras significativas:

–Es que las aguas del río no decrecen por el enojo contra la invasión de los foráneos. Para solucionar el problema un joven debe arrojarse al río para pedirle perdón.

Entonces un muchacho se levantó encima de la muralla y gritó:

–Ciudadanos, si es para rechazar a los enemigos, no vacilaré en dar mi vida. Yo pediré perdón por nuestra culpa de haber permitido a los japoneses acercarse a la ciudadela de Pyongyang. Cuando lleguen a combatir al enemigo, pido que se venguen de mí.

Era Wang Son, de origen de Pyongyang.

Dichas esas palabras, él se arrojó a las aguas torrenciales sin que otros tuvieran tiempos para detenerlo.

Entonces, para asombro de todos, a son del retumbo del cielo y la tierra empezaron a reducirse las aguas del río y apareció en el fondo un puente de piedras.

Los soldados y ciudadanos de la ciudadela de Pyongyang, sin perder este instante, se lanzaron al ataque dando gritos.

Los agresores, que estaban borrachos sin darse cuenta del decrecimiento de las aguas, cayeron en masa.

Después de esta batalla los pyongyaneses denominaron a este vado Wangsonthan (vado de Wang Son) para transmitir de generación en generación la proeza del joven militar Wang Son que consagró su vida a la defensa de su terruño. Con el paso del tiempo este nombre Wangsonthan se transformó en Wangsongthan por alteración fonética.

General hachero

Si se va hacia el norte siguiendo el curso superior del río Pothong se alza un monte llamado Toki (hacha) o Pu.

Esta denominación deriva del siguiente hecho:

En un tiempo antiguo, en una población del interior de la ciudadela de Pyongyang vivía un muchacho llamado Kwi Song con su madre de apellido Hong.

Quedó huérfano de padre cuando era niño y ganaba la vida con mucha dificultad vendiendo leñas.

Aunque ya era un hombre, no sabía más que hacer leñas.

Con pena de verlo así, su madre le dijo un día:

–Hijo mío, vender leñas lo hacen solo los niños y viejos, no un hombre como tú. Me da pena oír que los aldeanos te llaman leñador melenudo cuando eres ya un casadero.

Y le aconsejó que hiciera un trabajo que mereciera a un hombre, aunque no fuera un trabajo envidiable por otros.

Kwi Song que escuchaba con calma el consejo de su madre, le respondió:

–Madre, lo que aprendí desde niño es solamente el hachazo y considero que en el mundo no hay otro trabajo que puedo hacer mejor que este. Basta con comer y vivir aun haciendo un trabajo siquiera. ¿Por qué abandonar el hachazo por miedo a las murmuraciones de otros?

Madre no pudo persuadirlo más. Pero estaba muy triste por lo que no podía conseguirle pareja para envidia de otros.

En aquel tiempo se desató la Guerra Patriótica de Imjin.

Los japoneses se dirigieron derecho hacia la ciudadela de Pyongyang atravesando por Seúl, con la intención de ocupar de un aliento a Corea.

Al enterarse de esta noticia, los habitantes de la ciudadela se levantaron a porfía para organizar la unidad de voluntarios e hicieron preparativos para rechazarlos.

Kwi Song también reveló a su madre su voluntad de ser voluntario.

Combatir al enemigo en defensa de la patria era una obligación y moral para el pueblo. Pero la alegraba más a la madre el hecho de que su hijo ha podido figurarse entre los jóvenes voluntarios armados con lanzas y espadas, abandonando su portacargas y hacha.

Desde que su hijo se alistó a la unidad de voluntarios ella esperó con impaciencia la noticia de que su hijo había realizado grandes proezas.

Pero en ese tiempo las tropas de voluntarias de Pyongyang, se vieron obligadas por alguna razón inevitable a ceder la ciudadela y desplazaron sus posiciones en los montes de sus contornos. También los habitantes de Pyongyang tuvieron que evacuarse fuera de ella.

El día en que la tropa de voluntarios de Pyongyang se retiraba por la Puerta Pothong la madre fue allí con el deseo de ver el digno aspecto de su hijo entre los muchachos armados.

Ancianos y mujeres que estaban a su lado, al encontrar a su hijo y marido, corrían hacia ellos y les alentaban tomando sus manos. La mujer Hong esperaba con ansia a su hijo pensando que también lo haría con orgullo.

Ya pasó la caravana principal y aparecieron por último las carretas de bueyes cargadas de ollas. Sin embargo, no se veía su hijo.

–¡Madre!

De repente se oyó desde detrás de la espalda la voz familiar.

Al volverse Hong se quedó estupefacta. Había pensado que su hijo aparecería armado con la lanza y la espada. Pero llevaba a cuestas el portacargas y cogía en una mano la rienda del buey y en la otra el hacha.

–¿Aún no la has abandonado en la unidad de voluntarios?

Dijo Hong en voz bajita por la vergüenza.

–Yo mismo pedí este trabajo. No había nadie que me superaba en conseguir y partir leñas.

Hong se quedó boquiabierta sin decir nada y solamente miraba al hijo que se alejaba.

Después de despedirse del hijo, Hong se refugió inmediatamente en una montaña fuera de la ciudadela. Allí no esperó más la noticia de su hijo, porque pensaba que no habría una noticia halagüeña siendo uno que recogía leñas y encendía fuego.

Kwi Song, a su vez, trabajó con diligencia poniendo todo empeño en su trabajo de cocinero.

Cuando otros fabricaban armas y se adiestraban en el arte marcial, él partió leñas y cuando ellos iban a combatir a los enemigos él solía subir al monte.

Un día llegó la noticia de que una tropa japonesa que estaba encerrada en la ciudadela, iba a partir hacia el norte. Los voluntarios organizaron de inmediato una emboscada en un punto importante del camino por donde pasarían los enemigos.

Ese día también Kwi Song fue al monte para leñas y andaba de acá para allá en busca de árboles desecados.

Cuando él pasaba por un lugar, oyó un ruido extraño y Kwi Song se sorprendió al ver que un sinnúmero de enemigos subían sigilosamente por entre los árboles añosos.

–¡Canallas, os atrevéis a subir aquí!

Echando un grito tronante, Kwi Song se lanzó hacia los enemigos con el hacha en alto.

Alborotados por su aparición inesperada los japoneses

intentaron hacerle frente, pero cayeron a bandadas por el hachazo de Kwi Song.

Como estaban metidos en un bosque tan espeso que por entre los árboles apenas podía pasar un hombre, los enemigos armados con escopetas y lanzas largas no podían vencer a Kwi Song que esgrimía el hacha escurriéndose por entre los árboles grandes.

Ellos sufrieron este desastre porque al saber por medio de su espía que los voluntarios estaban emboscados trataron de atravesar sigilosamente el denso bosque dando rodeo a su camino.

Cuando los voluntarios, enterados de la intriga del enemigo, llegaron al lugar, ya todo estaba terminado por Kwi Song. Ellos, aunque al comienzo estuvieron aturdidos sin saber lo ocurrido, cayeron en cuenta al encontrar a Kwi Song cortando árboles. Y quedaron admirados al saber que Kwi Song, en los tiempos ordinarios, no saltara a la vista por preparar solo las comidas, tenía una fuerza, valentía y audacia tan grandes como para hacer frente a cientos y miles de enemigos.

Después de sucedido esto, su nombre se propagó no solamente entre los voluntarios sino incluso entre los enemigos. Por eso, éstos al ver a Kwi Song cabalgando con el hacha en alto hacían a la desbandada gritando: ¡Apareció el general hachero!

Al fin los voluntarios expulsaron a los japoneses y regresaron a la ciudadela. Los habitantes de Pyongyang

acudieron a recibirlos y emularon por ver al famoso Hércules hachero, todos empinados en las puntadas de los pies. Clamorearon al reconocer que ese general, con armadura brillante y un hacha en el cinturón, era precisamente Kwi Song.

Al principio, Hong no lo reconoció aun pensando que su cara era algo familiar, y sólo escuchar a sus vecinos, quedó sorprendida.

–¿Eres tú precisamente ese famoso general hachero?

La muchedumbre envidió a Hong que crió a un hijo tan maravilloso y no escatimó elogios. Un anciano preguntó:

–¿Cómo ha criado a un hijo tan magnífico?

–Si uno se concentra con empeño en un trabajo puede ser fiel a la familia y súbdito leal al país.

Contestó Hong repitiendo la palabra que en un tiempo le había dicho su hijo.

Más tarde, el general hachero acumuló un gran mérito en el combate para expulsar a los japoneses al Mar Sur.

Para transmitir eternamente su proeza los habitantes de la ciudadela de Pyongyang llamaron Toki (hacha) al monte donde Kwi Song segó a los enemigos.

Capilla de ratas

Al sur del Pabellón Ulmil en la colina Moran hay una explanada. Se dice que en un tiempo antiguo hubo a su lado una capilla donde se rendía culto a las ratas.

Pero ¿por qué apareció una capilla tal?

He aquí una leyenda al respecto.

En un tiempo inmemorial, en el despeñadero Chongnyu de la colina Moran del monte Kumsu había tantas ratas que cuando emigraban en busca de la comida, llenaban por completo la cañada de la colina.

En un verano, continuó varios días un combate encarnizado contra decenas de miles de agresores extranjeros que atacaban la ciudadela de Pyongyang. Se acabaron las flechas y se extenuaron por completo las personas.

Un día se calmó de repente el ataque de los invasores que desde el alba lo lanzaban con frenesí.

Los pyongyaneses, desconcertados, eligieron a un joven ágil y lo despacharon a la zona enemiga. El enviado se quedó asombrado. Pululaban las ratas en el bosque del contorno de la posición del enemigo y sus arcos y tambores se hallaban privados de cuerdas y cuero.

Porque a noche las ratas de la colina Moran penetraron en la posición enemiga y los royeron por completo.

Imposibles de combatir, los forasteros se vieron obligados a retirarse. Sin perder esta oportunidad los moradores de la ciudadela de Pyongyang los aniquilaron sin dejar vivo a ninguno.

Era que también las ratas de Pyongyang batallaron en defensa de su “tierra natal”.

Los pyongyaneses, considerando laudable el “mérito” de las

ratas, levantaron una capilla debajo del Pabellón Ulmil para rendirles culto.

Posteriormente, en las fiestas realizaron delante de ella competencias de arte marcial cultivándose la capacidad de combatir a los invasores y la conservaron largamente.

Noble moral de los pyongyaneses

Urung y Sobi

La muralla del monte Taesong, como una antigua fortaleza de Coguryo, transmite numerosas leyendas relacionadas con la lucha contra los invasores foráneos. Una de ellas es la de Urung y Sobi.

El monte Taesong tiene valles profundos, bosques frondosos y un paisaje pintoresco, y abunda en animales de diversas especies. Por esta razón, desde la antigüedad se utilizó como un lugar de ejercicio del arte marcial para los pyonganeses.

En un tiempo en una aldea de Pyongyang vivía un soltero que se llamaba Urung.

Un año, Urung, determinado a defender la patria, partió de su casa hacia el monte Taesong, con la espada que se heredaba como tesoro de su familia, para ejercitarse en el arte marcial.

En el momento en que iba a salir a caballo de la ciudadela, una muchacha le cedió el paso dejando de cruzar el camino. Al

instante, inadvertidamente se ruborizó la cara y comenzó a latir el corazón. Porque era una muchacha muy hermosa vista en su vida. Después de pasar por su lado, se apeó y miró por un rato la trasera de la muchacha que caminaba ligeramente. En su mano se veían unos pinceles de pintar.

Pero, rechazó su pensamiento sobre ella y continuó su cabalgadura hacia el monte Taesong. Aunque pasaron muchos días, no desaparecía de su mente la imagen de ella.

Un día cuando él pasaba a caballo por el pie de un despeñadero vio a una mujer sentada junto a un arroyo.

Estaba absorta a dibujar en medio de un bosque verde y flores hermosas y fragantes, moviendo ligeramente sus mangas que se parecían a las alas de una cigüeña blanca.

Impulsado por la sospecha y curiosidad se le acercó sigilosamente.

En aquel instante, ella, sorprendida, volvió la mirada hacia Urung. Al chocarse su mirada con la de ella, Urung no pudo contener la alegría, pues era aquella con quien se había encontrado cuando venía al monte Taesong.

También ella, como si lo reconociera, le agachó ligeramente la cabeza dibujándose en el rostro una sonrisa cariñosa.

Sin perder la oportunidad, Urung le preguntó su morada y nombre, y la causa de su estancia en ese lugar, a lo que contestó ella cordialmente.

Se llamaba Sobi y vivía con su madre vieja en una aldea de Pyongyang. Su padre había caído en un combate contra los

invasores foráneos cuando era niña. Una vez llegó a tener el uso de la razón, su madre le encomendó cultivar el arte marcial en el monte Taesong para vengar a su padre.

Así ella entró en el monte. Su maestro le aconsejó que primero aprendiera el método de pintura y por eso estaba dibujando allí donde se reunían los animales para abrevarse.

También Urung le confesó el motivo de su entrada en el monte.

Ellos pasearon por la orilla del arroyo charlando amistosamente y se entretuvieron intercambiando flores lindas.

Cuando el despeñadero se teñía de arreboles vespertinos, Urung, por no poder contener su lástima de separarse de ella, le pidió la mano a Sobi.

Esta permaneció muda por un rato, agachada la cabeza.

Acosada por sus repetidas preguntas dijo: No estoy en contra. Pero, ¿cómo podremos comprometernos sin permiso de los padres el matrimonio, un asunto tan importante para ambos? Cuando regresamos después de cultivar el arte marcial, vamos a obtener el asentimiento de nuestros padres.

Afirmando justa su proposición, Urung le prometí que esperaría hasta perfeccionar el aprendizaje del arte marcial.

Ellos se comprometieron firmemente tomándose las manos y se separaron llenos de lástima.

Al día siguiente, por añoranza de ella Urung fue a aquel arroyo, pero no la encontró.

Pensó que la muchacha tardaba por algún motivo y la esperó

con ansia entrenándose en la equitación.

Pero ella no apareció hasta el mediodía, ni hasta el anochecer.

Así esperó en vano durante 3 días. Se le ocurrió un presagio desagradable, mezclado con cierta cólera.

"¿Acaso, Sobi se habrá burlado de mí? Un refrán dice que el corazón de la mujer varía 12 veces al día. ¿Quizá no será una muchacha tal? No, ella no me ama de corazón. Si al contrario, ¿por qué desapareció sin ninguna palabra?"

Pensando así, Urung se decidió a olvidarla y no buscarla más. Pero le dolía el corazón y se le crecía inquietud.

Su amor hacia Sobi crecía más hasta el punto de no poder olvidarla ni un momento.

Por eso, se calentó los sesos para buscar la manera de encontrarla.

Al cabo de varios días de cavilación, le ocurrió de repente una idea: andaría ella en busca de animales para dibujar según el consejo de su maestro. Decidió enviar la carta atada al cuello de un corzo.

En seguida, puso una trampa en un lugar frecuentado por los animales y capturó un pequeño corzo. Escribió una carta y la colgó de manera vistosa en su cuello.

Después de soltarlo, Urung se olvidó de Sobi y se dedicó por entero al entrenamiento de equitación y de tiro al arco. En cuanto a éste se ejercitó primero con blancos inmóviles y después con los móviles. Como los blancos móviles utilizó los

cuervos en vuelo. Para este fin Urung descendió al pie de la montaña donde abundaban estas aves.

Sus flechas derribaron varios.

Un día, cuando regresaba con los presos descubrió algo atado a la pata de un cuervo y lo quitó con la daga. Era la carta de Sobi. Ella escribía que al principio no quería enviarla ni una noticia, pero el mensaje atado al cuello del corzo le obligó a escribir la respuesta, y explicó el motivo de su desaparición.

Confesó que si ambos cautivaban por amor que se haría más ferviente con el paso del tiempo, no podrían lograr sus grandes propósitos de cultivar el arte marcial, y que por eso desapareció soportando angustias del corazón.

Y pidiéndole perdón, solicitó que la olvidara hasta el día de realizar el juramento hecho junto al arroyo, próximo al despeñadero.

Al cabo de leer la carta, Urung sintió que le dolía el alma por el remordimiento.

"¡Ah, qué tan admirable es Sobi! ¡Qué estúpido soy yo, que obsesionado por el amor, por poco he olvidado el deseo de mis padres, la esperanza de los pyongyaneses y el odio al enemigo!"

Se le perfilaba Sobi con mayor eminencia.

"No buscaré más a Sobi, –se decidió Urung– hasta cultivar completamente el arte marcial."

A partir de aquel día, Urung concentró más sus esfuerzos en esta tarea.

Ya pasaron 3 años y 3 meses.

El 3 de marzo de ese año tuvo lugar una competencia nacional de arte marcial y Urung no perdió la oportunidad. Venciendo a los rivales en todas las disciplinas se clasificó para la final, que consistía en capturar más animales montado a caballo.

Aunque cabalgó mucho por el cazadero, no apareció ningún animal. Se adentró en lo más profundo del monte. Ni en el tupido bosque de gruesos árboles se le veían animales y, para colmo, era difícil abrirse paso a caballo.

"¿Quizás me sea imposible cazar ni un animal?

Con tal angustia observó hacia el frente. Descubrió por fin un ciervo amarillo tan grande como un ternero.

Espoleando al caballo, Urung tiró flechas sin cesar. Pero, el animal las evitó hábilmente escapándose entre los árboles. Al verlo también sus rivales, que andaban en busca de animales se le unieron para cazarlo y tiraron sin descanso sus flechas. Por fin, vaciadas ya sus aljabas, abandonaron todos la caza. Pero Urung lo persiguió con la espada.

"Tengo que capturarlo de todos modos. Si no lo cazo, es obvio que yo sea vencido en la competencia. Entonces, me vería avergonzado ante mis padres. Sobi me dijo que aparecería sólo cuando yo salgo victorioso."

Urung tiró fuertemente de las riendas del caballo y, al fin, alcanzó al ciervo en la loma. El animal se remoloneaba sin tener la salida. Aprovechando esta oportunidad Urung arremetió al ciervo esgrimiendo la espada. Este, sin otro remedio, saltó abajo

del despeñadero, de decenas de metros de alto. Urung se apeó del caballo y, pese al peligro, se lanzó abajo.

Y caído sobre un montón de hojarascas, buscó el animal abriéndose paso con la espada entre los arbustos.

Este, atado el cuello por un sarmiento de un árbol, sólo miraba al perseguidor con vistas lastimeras. Urung intentó matarlo con la espada. Pero, compadecido de sus miradas, lo apresó con dos brazos.

Subió al despeñadero con la presa a cuestas, la cargó en el caballo y regresó.

Al verlo regresar con un gran ciervo vivo, los espectadores de la competencia vitorearon tocando tambores y trompetas. En la entrada del lugar del certamen se veían también los padres que le agitaban las manos.

Lleno del orgullo, Urung dio una vuelta al lugar buscando a Sobi. Pero no había.

"Quizá Sobi todavía no sepa este triunfo."

Quería encontrarse pronto con ella para compartir la alegría.

Urung salió al frente del rey para recibir el premio y, de rodillas, le hizo una reverencia diciéndole su nombre. Se levantó para entregarle su botín. Pero no se veía el ciervo, sino una mujer hermosa como un hada.

Esta se le acercó llamándolo de nombre.

Desconcertado, Urung la miró atentamente. Era Sobi. La alegría le hizo olvidar la presencia del rey. Se dirigió a ella y tomó sus manos.

Aquel día, Sobi, adiestrada en técnica de transformarse, apareció ante los competidores en forma de ciervo.

El rey concedió premios a Urung, ocupante del primer lugar en la competencia, y a Sobi, poseedora de la magia de transformarse, y los nombraron generales del país.

Según su compromiso, ellos fueron a ver a sus padres para expresarles su deseo. Ambas familias aprobaron con gusto su matrimonio reconociéndolos como una pareja formada por el Dios.

Después de su boda, Urung y Sobi hicieron grandes méritos, junto con los pyongyaneses, en la defensa del país y llevaron una vida feliz con sus hijos.

Puerta Chilsong, la de la felicidad

Desde la antigüedad, la Puerta Chilsong, situada en la parte suroeste de la colina Moran, se llamaba puerta de la felicidad.

Este sobrenombre se transmitía desde cuando se propagó la historia de un joven que combatió en defensa del país.

En un tiempo remoto, en las aldeas diferentes de la ciudadela de Pyongyang vivían un muchacho, llamado Tol Pom, y una muchacha, llamada Si Nae.

Desde niñez, ellos se encontraban frecuentemente en la colina Moran adonde iban uno para hacer leñas y otra recoger hiervas comestibles. Entre tanto llegaron a hacerse muy íntimos.

Al llegar a la edad núbil, Tol Pom confesó amor a Si Nae modesta y de buen corazón.

A la muchacha no le disgustó él. Consideraba que no existiría otro mejor que este muchacho robusto y de fuerte espíritu de justicia.

Tol Pom le urgió la respuesta. Entonces ella con la cara ruborizada, le respondió que si espera de verdad con tanta urgencia la respuesta debe enviar un intermediario a su casa.

De regreso a casa, Tol Pom reveló su deseo a la madre. Al escucharlo ésta se alegró mucho y al día siguiente envió un casamentero a la casa de la muchacha.

Pero éste regresó desalentado, le transmitió que el padre de la muchacha no aprobó casar a su hija con un muchacho que no había pasado por la Puerta Chilsong, prefiriendo que la dejaría envejecerse sin casarse.

Al escucharlo, tanto el joven como su madre se quedaron estupefactos sin abrir la boca.

En aquel tiempo, pasar por la Puerta Chilsong significaba ir a ejercitarse en el arte militar o a servir a la defensa de la frontera.

A decir verdad, Tol Pom, aunque lo había querido, no pudo hacerlo preocupado por su anciana madre viuda.

Al cabo de la meditación de varios días, el muchacho recibió de su madre el permiso de ir a ejercitarse en el arte militar. Y a Si Nae le pidió lo esperara tres años.

Una vez llegado al campo de entrenamiento militar, Tol Pom expuso su propósito al maestro.

El maestro lo elogió expresando que si estaba decidido a aprender el arte militar debía hacerlo para la defensa del país.

Durante tres años Tol Pom lo cultivó con un esfuerzo incansable y bajo el particular amor y la atención del maestro.

Casi había llegado el día de su regreso a casa.

Entonces, el Estado frente a las frecuentes invasiones enemigas, reclutó muchos militares, y necesitaba un hombre ejercitado que podía mandarlos.

Tol Pom fue seleccionado para esta tarea y debió combatir a los invasores en la frontera sin cumplir la promesa hecha con Si Nae.

Cuando fueron rechazados los enemigos le ocurrió otra tarea que no permitía regresar a casa, la tarea de construir una fuerte posición de defensa en la frontera.

Han transcurrido así dos años más que el tiempo prometido.

Un día, cuando Tol Pom estaba absorto en la obra, un mozo procedente de su terruño, lo visitó y le avisó la noticia inesperada de que hacía pocos días se había casado Si Nae.

Tol Pom, se quedó desesperado.

Cuando terminó la obra, Tol Pom, promovido por su mérito militar, regresó a Pyongyang vestido de general y escoltado por soldados. Después de ser nombrado a un nuevo puesto, fue a casa donde lo esperaba su madre.

Ella estaba desyerbando en la parcela delantera de la puerta de la casa.

Se apeó del caballo y se puso de rodillas, llamándola.

La madre, al ver inesperadamente a su hijo hecho un general

decente, salió corriendo a prisa de la huerta gritando hacia el interior de la casa.

–Mi nuera, ha regresado tu esposo.

Tol Pom, sin saber el porqué, dirigió la mirada hacia la casa.

Vio salir de la casa a una mujer. Era precisamente Si Nae a la que tanto añoraba y no olvidaba ni un momento.

Los amantes se encontraron emocionados.

–Si Nae, ¿cómo aquí?…

La muchacha preguntó sonriendo por qué se extrañaba de verla en su casa.

La madre le explicó todo lo ocurrido hasta entonces: cuando después de aprender el arte militar él fue a la región fronteriza, su maestro le comunicó esta noticia, y el padre de Si Nae envió a su hija a vivir junto con la madre solitaria.

Así, Tol Bom y Si Nae formaron una familia armoniosa y llevaron una vida dichosa junto con la madre.

Los pyongyaneses comentaron que floreció la felicidad de ellos porque el general Tol Pom pasó por la Puerta Chilsong y aconsejaron a los mozos que deseaban felicidad pasar por esta puerta para ir a cultivar el arte militar como lo hizo Tol Pom.

Soldado convertido en el yerno del rey

En un tiempo remoto el soberano del palacio de Anhak tenía una hija tan linda como un hada.

Desde antes de que la princesa llegara a la edad núbil se preocupó para elegir a un muchacho adecuado para su yerno.

Mas, no encontró a nadie que pudiera igualar con su hija en cualidades y talento.

Quien era bien parecido carecía del talento y quien tenía talento no era de elevadas cualidades.

Los hijos de los ministros en edad casadera queriendo ser yerno del rey, se valieron de todos los medios y métodos para ataviarse bien e hicieron correr cada cual el rumor de que tenía dotes extraordinarias en letras y armas.

Pero ninguno entró por los ojos del soberano y todos quedaron desaprobados en el examen de la personalidad y el talento.

Por tanto, la princesa, aunque había llegado a la edad núbil, pasaba año tras año sin tener escogida su pareja.

Un día de esos, en el palacio real se produjo inesperadamente un incendio terrible.

Las llamaradas, prendidas a altas horas de la noche, cubrieron en un santiamén todo el palacio.

El rey, sacado afuera a cuesta de un vasallo como en sueño, las miraba alelado. Solo unos ratos después, se volvió en sí y se dio cuenta de que veía el incendio del palacio no en el sueño sino en la realidad. Buscó a sus familiares para saber si estaban salvados o no. Pero no se veía su hija tan preciada.

Aunque preguntó a sus subalternos por ella, nadie contestaba.

La princesa vivía en una mansión aislada en el patio trasero del palacio.

Como no se permitía la entrada innecesaria ni a las cortesanas, tampoco los vasallos pusieron interés por ella en medio de aquel pandemonio de fuegos.

El soberano, dándose por cierto que su hija no había salido, ordenó a sus subalternos que pronto la socorrieran.

Pero, nadie se atrevió a ofrecerse.

Pensaba si sería posible salir salvo del palacio convertido ya en un crisol.

Buen conocedor de esto, el rey no pudo apremiar más a los súbditos y dijo, desanimado:

–Al que saque a la princesa de aquellas llamas lo tomaré por yerno.

Solo entonces, de entre los súbditos que estaban callados salió uno con pasos firmes. Era un joven de cara bien parecida y de complexión fuerte.

–Cueste lo que cueste, salvaré a la princesa, –declaró.

Luego se duchó con agua y entró en el palacio envuelto en llamas.

Cuando llegó a la mansión de la princesa, ésta se vino a la tierra estrepitosamente.

–¡Cielos, se acabó!

Desalentado, el mozo se retiró.

El rey, al escuchar al joven de cuerpo chamuscado y cara quemada, prorrumpió en el llanto golpeando la tierra:

–¡Ay, hija mía! ¿De veras te has muerto?

También sus subalternos lloraban amargamente. En ese

preciso momento se oyó una voz femenina:

–¡Papá!

El soberano y sus subalternos volvió la mirada y vieron a un militar tirando de un caballo con la princesa por encima.

–¡Dios mío! ¡¿Eres mi hija?!, – gritó el rey levantándose de un tirón del suelo y abrazó a su hija que se apeaba.

Solo después de derramar lágrimas de alegría por un rato, le preguntó:

–¿Cómo has salido del fuego?

–Ese soldado me sacó del fuego –dijo indicando a un militar que con la rienda del caballo en la mano estaba de pie un poco apartado.

–¿Qué? ¿Un militar?

Al escucharlo, los súbditos miraron al soldado murmurando:

–Ese guerrero debía ser el yerno del rey.

–¿Cómo un soldado puede ser el yerno del soberano?

El rey, haciendo caso omiso de lo que decían, se aproximó al militar.

–¿Has salvado a mi hija? –preguntó

El guerrero con rostro bronceado y complexión robusta contestó arrodillándose:

–Al oír a Su Majestad decir que no se había salvado la princesa, corrí en un santiamén hacia ella. La saqué del fuego que por poco la envolvía.

–¿Habías oído que yo tomaría por yerno al que salvara a mi hija?

–No. Ahora lo oigo.

–Entonces, ¿Qué deseaste salvándola a riesgo de la vida?

–Siendo militar, ¿qué habría deseado? Considero que el deber de un militar es arriesgarse para rechazar a los enemigos exteriores y defender la vida y los bienes del pueblo.

–¿Lo habías considerado como el deber, …?

–Sí.

–Eres digno de ser mi yerno, –dijo conmovido el rey y lo levantó entre los brazos.

–Soy hijo de un plebeyo humilde y soldado igual a un guajiro. ¿Cómo merecería ser yerno de Su Majestad?

–Sí, lo mereces. Nadie de los que reciben el salario del Estado se atrevió a salvar a mi hija en medio de las llamas. Solo después de oírme que tomaría por yerno al que lo hiciera, se ofreció solo uno. ¿A quién de entre ellos tomaría por mi yerno? Si tú eres mi yerno y me ayudas en los asuntos del país, los enemigos exteriores no se atreverán a tocar a nuestro país y el pueblo vivirá en paz. Nadie es más apropiado que tú como mi yerno. No rechaces mi petición.

Así se casó el militar con la princesa, y se hizo yerno del soberano.

Puente Ungguk

En un tiempo inmemorial al oeste del río Pothong había un montículo poco elevado llamado Kaek (huésped).

Adquirió este nombre porque, según se dice, estaba siempre lleno de gente: Servía de lugar de descanso o de hospedaje a los que venían del oeste a la ciudadela de Pyongyang y estaban en espera de la apertura y el cierre del portón de la ciudadela.

Al pie de este montículo vivía un hombre llamado Jo Ung Guk con su único y amado hijo Sok Un que tuvo tardíamente. Él, deseando con ansia que éste se hiciera un gran hombre en el futuro, le aconsejaba siempre:

–Después de muerto, el tigre deja su piel, y el hombre su nombre. Deseo que tú también te hagas un gran hombre y dejes tu nombre.

Sok Un, que creció oyendo este sermón hasta cansarse, al llegar a tener un poco más de diez años, dijo un día a su padre que abandonaría la casa para versarse en letras y artes militares a fin de hacerse un gran hombre.

Al escucharlo Jo Ung Guk se sintió preocupado, pero para el porvenir de su hijo, lo aceptó de buen grado.

El día de su partida Sok Un juró que no regresaría hasta que no ganara la fama.

Al cumplirse 5 años desde su alejamiento, Ung Guk, por parecerle regresar él, lo esperó a diario en la carretera.

Mientras tanto, vio que el camino se erosionaba y se encharcaba por poca precipitación y en la temporada de lluvia se sumergía en el agua, causándoles grandes incomodidades a los viajeros e imponiéndoles a menudo hospedarse en la aldea.

“Esto se debe a que nosotros, dueños de esta aldea, no

mantenemos como es debido el camino". Pensó y se sintió culpable.

Al fin, se decidió a colocar un ancho y fuerte puente para los viajeros.

Mientras esperaba a su hijo en la carretera, reunió piedras grandes y cortó árboles en la montaña. Así preparó en pocos años materiales para la construcción del puente.

Luego, vendió bienes de su familia, contrató braceros y en pocos meses construyó un ancho, largo y vistoso puente.

Los viajeros, que pasaban el camino sin incomodidad vinieron a ver a Ung Guk y le expresaron el agradecimiento.

Entonces Ung Guk se sintió alegre pensando que había cumplido su deber como un habitante de la aldea adyacente a la carretera y que ahora podía acoger con dignidad a su hijo que después de cobrar fama regresaría por ese puente.

Sin embargo, su hijo tan ansiado no regresó aun después de diez años.

Ung Guk expiró, por fin, sin verlo.

No solo sus parientes y vecinos, sino también muchos viajeros que se beneficiaban del puente, expresaron su pésame y para eternizar su gesta se decidieron a levantar a la entrada del puente una gran lápida y cambiar el nombre de puente Kaeksan por el de Ungguk.

Por su parte, Sok Un que había abandonado la casa, al principio entró en un profundo monte donde, según se decía, existía el *Ryonmudang* (una especie de escuela donde se aprendía el arte marcial).

Pero, quizá por haber crecido con mimo o no estar apto, el arte marcial le resultó muy difícil y no le daba fácilmente el rendimiento.

Al cabo de 5 años participó en la competencia de arte marcial efectuado en la ciudadela de Pyongyang, pero apenas fue clasificado de última categoría.

Tenía vergüenza de regresar a la casa. Cuando permanecía suspirando, sus colegas le dijeron:

–Tú, con una cara bonita como la de una muchacha y un carácter tranquilo, mereces ser un literato. ¿Puede que sea un poco tarde, pero no te parece una buena idea que te dediques al estudio de las letras?

"Tienen razón", pensó Sok Un y en el acto partió para el monte Kumgang donde, según se decía, se reunían los literatos para capacitarse.

Con la intención de cobrar fama como un literato, se entregó a dominar los libros de los sabios con un plazo de diez años.

Pasados ya seis años, un día, Sok Un fue junto con sus colegas a la cascada Kuryong para descansar.

Por suerte, allí tuvo la oportunidad de charlar con los mercaderes que habían venido de excursión.

Uno de éstos, al oír que Sok Un había nacido al pie del montículo Kaeksan en la campiña Pothong al oeste de la ciudadela de Pyongyang, dijo dándose palmada en la rodilla:

–Has nacido en un lugar verdaderamente bueno. También

nos beneficiamos mucho del puente Ungguk que se encuentra allí.

–¿Dice, el puente Ungguk?, –preguntó Sok Un asombrado.

Los mercaderes le explicaron que un hombre llamado Ung Guk, para aliviar a los viajeros de los inconvenientes, había construido un puente grande con su fuerza y fortuna y que después de su muerte, para perpetuar su gesta, la gente había levantado una lápida.

Aquella noche, Sok Un no pudo conciliar el sueño.

Se dio cuenta de que aunque en el largo tiempo de más de diez años se había esforzado cuanto podía para capacitarse, no había cobrado fama ni hecho realidad el deseo de su padre.

Al día siguiente, renunciando a sus estudios, regresó a Pyongyang. Entró en la tierra natal y vio en efecto un puente grande que no había antes y una lápida a su lado en la que se alababa la gesta de su padre.

Abrazó la lápida y lloró a lágrima viva.

–¿Por qué no me has enseñado la manera de ser un hombre de verdad?

Ello conmovió tanto a los viajeros y coterráneos que uno de estos disuadiéndole de hacerlo, preguntó:

–¿De dónde es usted y por qué se deshace en lágrimas?

Sok Un dejó de llorar, les dijo quién era y continuó:

–Mi padre, cuando yo abandonaba la casa, me aconsejó que un hombre debía dejar su nombre. Este hijo desleal que no había comprendido el profundo sentido de sus palabras, preso

de la notoriedad, he pasado en vano diez años deambulando de acá para allá. ¿Qué bueno habría sido si el día de mi partida me hubiera dicho que, dijera lo que dijera alguien y dónde y qué hiciera, debía ser diligente para el país y el pueblo?

Todos los presentes allí lo consideraron como lo suyo y suspiraron.

Sok Un, que tardíamente se dio cuenta de cómo debía vivir el hombre para ganar la popularidad, consagró toda su pasión e inteligencia para instruir a los niños que querían estudiar y enseñar su arte marcial a los jóvenes que querían ser guerreros.

–Cual padre tal hijo, –dijeron los coterráneos.

Con posterioridad, sus discípulos, que se habían hecho magníficos literatos y guerreros, y los habitantes de la ciudadela de Pyongyang, de generación en generación guardaron su nombre en la memoria.

Montículo Juam

En la extremidad de la estribación extendida hacia el noreste de la colina Moran siguiendo el curso superior del río Taedong hay un pequeño montículo llamado Juam, que significa monte rocoso con manantial de aguardiente.

He aquí la historia de su origen.

En un tiempo inmemorial, en la ribera del Taedong había un muchacho, tempranamente huérfano de madre, que vivía junto con su viudo padre.

Era muy leal a su padre.

Aun labrando la tierra desde la mañana hasta altas horas de la noche, en tiempos disponibles subía al monte para leña y con el dinero así ganado compraba arroz y carne para sustentar al padre. Aunque él mismo se alimentaba de atole con hierba le servía de cualquiera manera arroz y carne y conseguía todo cuanto quería comer.

Un día, cuando como de costumbre regresaba con leña del monte sintió la sed, por lo que colocó el *jigue* (portacargas) a un lado del manantial y fue a beber el agua que emanaba de entre las rocas. Olió la fragancia, en cuclillas tomó unas bocanadas y se sintió calentado y perturbado.

Aunque había reanudado la caminata, pronto sintió que se le iba la cabeza y se le tambaleaban las piernas.

Colocó el *jigue* para descansar por un rato, pero se quedó dormido profundamente.

Se despertó al anochecer.

Solo entonces se dio cuenta de que lo que había bebido no era agua sino aguardiente. Se sintió culpable de haberlo bebido antes que su padre. Fue a una casa al pie del monte y tomó prestado un cántaro. Lo llenó de aguardiente y llevó a su padre.

El padre, asombrado, no se prestó a tomarlo de inmediato. Porque sabía bien que en la situación de su familia era imposible comprar tanto aguardiente tan fragante.

–Hijo mío, di francamente. ¿Dónde has conseguido este aguardiente?

El muchacho le explicó más de una vez que lo había conseguido en un manantial, pero el padre no lo creyó.

Sólo después de ir en pos de su hijo adonde el manantial, se convenció de que su hijo no lo había mentido.

Dijo que se apenaba de tomar él solo una bebida tan fragante y misteriosa, por lo que debía invitar a todos los ancianos de la aldea.

Estos, después de beberla harto, dijeron:

–Óiganme. ¿Acaso ésta habrá emanado de por sí de entre las rocas? Sin duda nos la ha enviado el cielo, conmovido por la lealtad del muchacho a su padre.

Más tarde el manantial fue explotado no solo por el padre del muchacho sino también por todos los aldeanos.

Desde entonces la roca de donde emanaba el aguardiente y el montículo donde había ella se llamaron Juam.

Los pyongyaneses, de generación en generación, hablan de la lealtad filial de un muchacho, relacionada con el monte Juam.

Muchacha, salvadora del cervato

En un tiempo remoto, en la ribera del río Pothong vivía una niña llamada Man Ok que servía de criada a la casa de un terrateniente avaro.

Habiendo perdido tempranamente a sus padres, atendía a los hijos del terrateniente y preparaba su comida, siendo objeto de toda clase de maltrato y humillación.

Fue un día de *Chusok* (fiesta otoñal tradicional).

El terrateniente, saliendo de recreo junto con sus familiares, ordenó a Man Ok que fuera para leña al monte.

La niña, como que era una esclava endeudada, no tenía otro remedio que subir a la colina Changgwang con el *jigue* a cuestas.

Conteniendo la tristeza que se redoblaba por la algazara festiva que se oía desde lejos, recogió leña, dejando caer sobre ella lágrimas, gota tras gota.

Cuando reunió tanta leña que cupiera en el *jigue*, oyó de repente un pisar y vio venir a prisa un cervato.

Al verla, el animalito, como si quisiera lanzarse a su regazo, se le aproximó y aparentó solicitar que lo ocultara.

Su acezo, dos ojos humedecidos de lágrimas, y las heridas que sangraban... eran claros indicios de que estaba perseguido por algún cazador.

Man Ok, sin pensar más, lo ocultó en medio de la haz de leña.

Un rato después, apareció jadeante un cazador, se acercó a la niña y preguntó:

–Niña. ¿Por dónde desapareció el cervato?

Man Ok, indicando la cañada superior, dijo que acababa de correr hacia allá.

El hombre se fue lejos y Man Ok sacó de la haz de leña al cervato, le limpió la sangre y dijo que pronto se fuera adonde estaba su madre.

El animalito, muy agradecido, derramó lágrimas y tiró con su hocico de la falda de ella.

Man Ok, extrañada, lo miró por un buen rato y fue adonde llevaba.

El animalito llegó a un lugar pintoresco abierto donde había un riachuelo y flores de color rojo plenamente abiertas que exhalaban fragancia.

Dejó parar a la niña en medio de flores y parecía decirle así:

–Tú me has salvado, y ¿con qué puedo recompensarlo? Estamos en una plantación de *insam* silvestre. Recoge sus raíces cuanto pueda, para liberarte de la servidumbre y recompensar el beneficio de los vecinos.

Después de mirarla amablemente por un rato, el cervato se fue nadie sabía adónde.

Man Ok, muy maravillada, frotó por un rato sus ojos y vio que ciertamente se extendía hasta perderse de la vista una plantación de *insam* silvestre.

Extrajo con cuidado sus raíces, las cargó en el *jigue* en vez de la leña y regresó a la aldea. Las distribuyó entre sus vecinos benefactores y con una parte del resto pagó al terrateniente la redención cuanto quería y salió de su casa.

Más tarde, la niña, colaborando con los coterráneos, vivió felizmente.

Recompensa del corzo y la serpiente

En un tiempo antiguo, en la ribera del río Taedong en Pyongyang vivía un anciano. Habiendo perdido tempranamente

a su esposa e hijo por enfermedad, cultivaba solitario la tierra y pescaba en el río, para difícilmente ganarse la vida.

Fue la temporada de lluvia del verano de un año.

Llovió a cántaros durante más de quince días y creció el río. El agua desbordada arrasó implacablemente todo lo que estaba en la ribera.

La corriente arrastraba a las personas que, apoyadas en las maderas o los troncos, pedían desesperadamente el socorro, los animales que lanzaban mugidos lastimeros, las tinajas, los cofres y otros enseres domésticos que daban estrépitos al romperse… La orilla se estremecía de gritos y chillidos de las gentes y animales.

"No debo ser mero espectador de esta escena." Pensó el viejo que difícilmente se había encaramado al despeñadero Chongnyu.

El viejo, que era de origen un hombre bonachón, consideraba el infortunio ajeno como el suyo y era respetado por otros por ser fiel a su deber moral, subió a la embarcación a riesgo de la vida para salvar a los seres vivos que iban a la deriva.

El torrente, como si se tragara de un tirón la nave, azotó el bordo.

Pese a ello, afortunadamente el anciano logró lanzar la soga a los náufragos y socorrió a varias decenas.

Cuando iba a salir a la orilla conduciendo la nave llena de gentes, se oyó de repente el mugido de un animal.

El viejo dirigió la mirada hacia allí y vio un corzo y una serpiente montados en un tronco de árbol que iba a la deriva. Los socorrió y llegó a mansalva a la orilla.

Los animales, como si expresaran el agradecimiento al anciano salvador, volvieron con frecuencia la mirada hacia él hasta desaparecer en el bosque.

El anciano que después de despedir a las personas salvadas se daba media vuelta, vio a un niño de pie con los ojos llenos de lágrimas.

Este le dijo que era hijo de un terrateniente de una aldea en la cuenca superior del río Taedong y que sus familiares murieron todos ahogados.

Quiso llevarlo a su casa, pero lo consideró como algo escrupuloso, más allá de su situación económica, sustentar al hijo no de un plebeyo pobre sino de un terrateniente.

"Pero, ¿es razonable dejar a la intemperie a un niño desamparado?"

Pensó y se decidió a ahijarlo.

Poco tiempo después, terminó la temporada de lluvias. El viejo, junto con su adoptivo, vivió pescando peces y cultivando la tierra.

Un día, pasados ya varios meses, cuando el anciano iba a salir de costumbre a su parcela con el azadón en la mano, vino a su encuentro un corzo grande nadie sabía de dónde procedía.

El animal, dando rodeo al viejo, lo olfateó y dio cabeceos como si expresara la alegría.

Muy extrañado, el anciano lo miró atentamente y reconoció que era precisamente aquel corzo que él había salvado del aluvión.

–¿Eres tú? ¿Cómo has venido aquí?, –preguntó muy gozoso, le abrazó el pescuezo y acarició el dorso.

El animal tiró de su manga con la boca.

El viejo pronto notó que el corzo quería llevarlo a un lugar.

Precedido por el animal adentró un buen rato en el bosque.

Como si quisiera comprobar si lo seguía el anciano, el animal volvió varias veces la mirada hacia atrás. Por fin, llegó al pie de un gran peñasco en una cañada por donde corría un riachuelo de agua cristalina.

Empezó a excavar la tierra con las patas.

El anciano, al descifrar que el animal le pedía que hiciera así, se puso a remover la tierra con cuidado.

Al cabo de unas azadadas, encontró un tinajón. Lo destapó con cuidado y se asombró.

Estaba repleta de cosas de oro y plata, perlas y joyas.

El viejo, asombrado sobremanera, miró al corzo y éste dio unas cabezadas y se fue, nadie sabía adónde.

El hombre desenterró cuidadosamente el tinajón y se lo llevó a la casa.

Distribuyó proporcionalmente anillos, brazaletes, horquillas de oro y otros objetos preciosos entre los aldeanos y se quedó con el resto.

Como resultado, de una noche a la mañana se hizo uno de los más ricos de la ciudadela de Pyongyang.

Aunque tenía una fortuna que le bastaba para el resto de su vida, no dejó de labrar la tierra y hacer la pesca, trabajó con diligencia.

Mas, su hijo adoptivo le causó molestia.

Como se sabía, él creció mimado en una familia rica. Tuvo que trabajar a causa de la calamidad, bajo el amparo del viejo. Pero ahora, al poseer gran fortuna, holgazaneó desde el día siguiente y dilapidó las riquezas.

Disgustado de esto, un día el viejo, aprovechando una oportunidad, le aconsejó dulcemente:

–Oye, para el hombre lo fundamental es el trabajo y no el dinero.

No obstante, como era de raza de un rico que explotaba a otros y holgazaneaba, desobedeció a su benefactor, diciendo:

–Mientras tenemos muchas cosas de oro y plata, ¿por qué debemos trabajar derramando el sudor? ¿Y este es un dinero que usted ha ganado a brazo partido? Se ha caído del cielo para nosotros dos. Por eso su mitad es mía. Gasto lo que me toca y esto no ningún error, –dijo con voz de queja como si fuera natural consumir la fortuna.

Pero, el anciano siguió persuadiéndolo con palabras convincentes.

Entonces, el hijo adoptivo se dio media vuelta y gritó groseramente:

–Si de veras usted me molesta, saldré de esta casa. Deme la mitad de la fortuna.

Harto enfadado, el viejo le dio una bofetada con su mano áspera.

–¡Desgraciado!

Su mano se tembló de indignación.

Pero el muchacho, sin arrepentirse, dio puntapié a la puerta y salió.

Fue al ayuntamiento e hizo una declaración infundada como si su padre se hubiera hecho rico con joyas robadas.

El anciano fue llevado al ayuntamiento y encarcelado.

Le dolía más el haber sido traicionado por el que había salvado de la muerte, y había adoptado por hijo y criado, que el estar encarcelado inocente.

"Si ha nacido como ser humano, ¿cómo podría portarse así?", pensó.

Pensó mucho y a duras penas concilió el sueño, pero se despertó al oír un ruido.

Tanteó en la oscuridad y sintió tocar algo frío.

–¡Uf, mierda!

Observó atentamente. Era una serpiente gruesa.

Cuando trató de levantarse horrorizado, sintió una picadura en el dorso de la mano.

Era que la serpiente se la había mordido.

En seguida el cuerpo del viejo se hinchó y tuvo fiebre y dolor agudo.

Al amanecer oyó el mismo ruido.

Presintiendo algo horrendo, intentó abandonar el lugar, pero el cuerpo no le obedeció.

Difícilmente volvió la cabeza hacia donde el ruido y vio la serpiente de anoche adentrarse, dejar unas hojas verdes de hierba y desaparecer.

Un rato después, se sintió recuperado, su cuerpo se desinflamó y despareció el dolor.

"¡Qué misteriosa es esta hierba!", pensó, envolvió con cuidado la hierba y la guardó.

Al mediodía, afuera del calabozo se trajinaban precipitadamente alguna gente.

Hasta anochecer no dejó de oír el bullicio en el patio del ayuntamiento.

–¿Ocurrió algo? –preguntó más de una vez el anciano.

–Anoche el gobernador fue mordido por una culebra y los curanderos famosos invitados no tienen remedio alguno y ningún medicamento sirve, –contestó con desgana el carcelero.

Al escucharlo, recordó lo sucedido anoche.

En el acto le dijo que él curaría al gobernador y se lo transmitiera.

Al comienzo, el carcelero, considerándolo como un disparate, no quiso oírle.

Mas, enterado de que el gobernador estaba en agonía, se lo transmitió.

El gobernador gritó que lo trajera pronto, diciendo que poco

le importaba quién era el que pudiera curarlo.

El viejo, conducido hacia donde el gobernador, le pegó en la herida la hierba que tenía guardada.

Y, ¡qué raro! El gobernador que estaba casi en agonía, se recobró y su cuerpo recuperó su estado original.

Muy extrañado, el gobernador le preguntó qué hierba le había aplicado.

El anciano le contó todos los detalles de lo ocurrido.

Después de escucharlo, el gobernador ordenó que lo pusieran de inmediato en libertad y arrestaran a su hijo adoptivo.

Así el viejo fue absuelto, y su hijo adoptivo, condenado a un a pena rigurosa.

Episodios y leyendas de Pyongyang

Redacción: Jang Hyang Ok
Traducción: Kang So Jong y Pak Jin Hyok
Ediciones en Lenguas Extranjeras
República Popular Democrática de Corea
Octubre del 110 de la era Juche (2021)

E-mail: flph@star-co.net.kp
http://www.korean-books.com.kp

ISBN 978-9946-0-2083-9